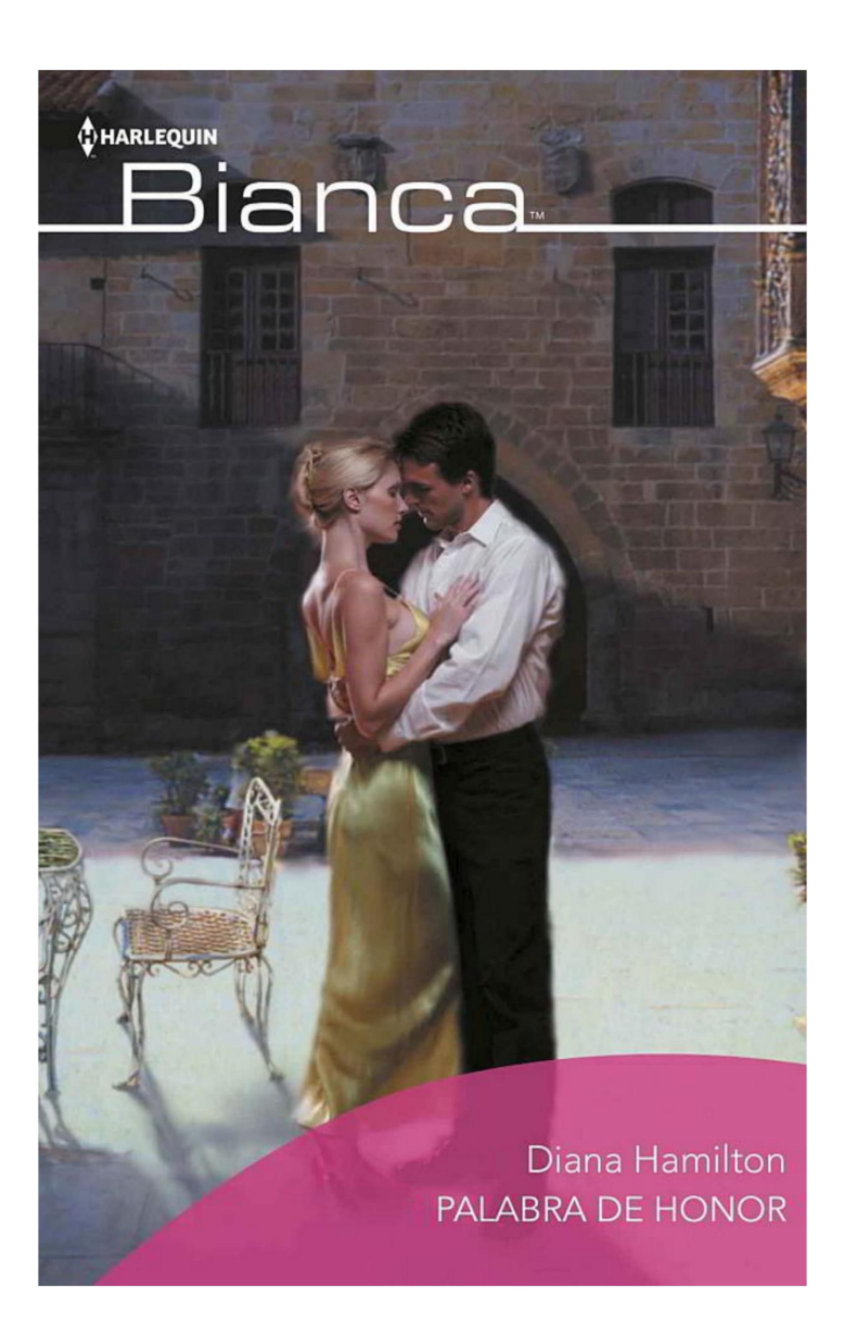

HARLEQUIN
Bianca™
Diana Hamilton
PALABRA DE HONOR

Bianca™

PALABRA DE HONOR

Diana Hamilton



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Palabra de honor, n.º 1516 - diciembre 2018
Título original: A Spanish Marriage
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-030-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

TIENES que irte ya, Javier? Pero si no te vemos nunca… Tu padre y yo nos vamos a la costa la próxima semana. ¿Por qué no vienes con nosotros? Sólo una semana, hijo. No es tanto pedir.

–Lo siento, mamá. No puedo –se disculpó Javier, con sus ojos grises llenos de pesar.

Isabel, a punto de cumplir los sesenta, seguía siendo la belleza española de la que su padre, Lionel Masters, se había enamorado locamente treinta años atrás, cuando ya pensaba que nunca encontraría a la mujer de su vida.

Isabel se apoyó en el respaldo del sillón de terciopelo.

–Siempre dices que te encanta venir aquí, pero no es verdad –se quejó, dolida.

Un tronco se partió en la chimenea, haciendo volar las ascuas por la habitación. Javier se levantó del sofá y fue a atender el fuego, necesario ahora que los picos de Sierra Nevada anunciaban la llegada del invierno. Su padre sonreía, escuchando la conversación.

Le encantaba aquella casa desde que era pequeño, cuando sus padres lo llevaron de vacaciones por primera vez. Un antiguo palacio árabe a las afueras de un típico pueblo andaluz con una enorme puerta de madera claveteada y un patio de piedra que, en primavera, se llenaba del perfume de las rosas y las lilas.

Su familia se había trasladado desde Wakeham Lodge, en Gloucestershire, aunque pasaban el verano en la costa.

–Me encantaría quedarme –admitió Javier–. Pero tengo un problema.

–¿La empresa? –preguntó Lionel Masters.

Se había retirado años antes por problemas de salud, dejándole

el negocio a su hijo; una constructora que montó con su socio, Martin Rothwell, y que si fue muy próspera cuando él la dirigía, ahora, en manos de Javier, se había convertido en una de las más importantes de Inglaterra.

–No, no es eso. Mi problema es Zoe Rothwell.

Dos simultáneos «¡Ah!» fueron la respuesta a esa frase, seguidos de un silencio tan intenso que Javier podía oír los latidos de su corazón.

Nervioso, miró su reloj de pulsera. En quince minutos, Solita, el ama de llaves anunciaría que la cena estaba servida. Sería mejor quitárselo de encima cuanto antes.

–Ayer, cuando salía de una reunión en Madrid, recibí una llamada de Alice Rothwell. Estaba histérica y me pidió que le hiciese un favor: quiere que me convierta en el tutor de Zoe porque, según ella, ya no puede con su nieta.

–¿Y eso? –Isabel levantó una ceja finamente perfilada–. ¿Por qué cree que tú querrías ser el tutor de Zoe? Alice siempre me ha parecido una mujer extraña. Tan fría, tan seca… ¿Por qué cree que aceptarías ser el tutor de su nieta? Si estuvieras casado… pero no lo estás.

Javier se encogió de hombros. Como hijo único, la ilusión de Isabel desde que cumplió los veinticinco, tres años atrás, era verlo casado para que le diese un montón de nietos.

Pero Javier no estaba preparado para sentar la cabeza; era soltero y pretendía seguir siéndolo durante mucho tiempo. Trabajaba doce horas diarias y le gustaba disfrutar con las mujeres; mujeres sofisticadas como él, que compartían su forma de ver la vida. En opinión de Javier, sólo un inmaduro puede confundir el deseo con el amor.

–Zoe ya no es una niña. Tiene diecisiete años y se ha convertido en una adolescente insoportable, según su abuela. Aparentemente, se ha escapado del internado y ha decidido no terminar sus estudios. Por eso Alice me ha pedido que sea su tutor, para ver si puedo hacerla entrar en razón.

–¿Por qué tú? –preguntó su padre–. Tú eres un hombre muy ocupado. Ser responsable de una adolescente con problemas te daría muchos quebraderos de cabeza. Además, no sois parientes… Alice no tiene ningún derecho a pedirte eso.

Javier apretó los labios.

–Tengo una obligación moral.

–¿Por qué?

–Cuando los padres de Zoe murieron en el incendio… la pobre lo perdió todo: la seguridad que debería haber tenido una niña de ocho años, la compañía, el cariño… Tanto ella como Alice me dieron mucha pena y pensé que alguien de nuestra familia debía interesarse. Al fin y al cabo, su padre había sido socio tuyo durante muchos años… antes de que te vendiera su parte del negocio.

–No es fácil llevarse bien con Alice Rothwell –suspiró Lionel Masters.

–La pobre ha tenido una vida difícil, hay que reconocerlo. Perdió a su marido y un año después a su hijo… y luego tuvo que hacerse cargo de una niña de ocho años. Siempre me pareció que Alice no tenía sensibilidad para educar a una niña… Por eso me he mantenido en contacto con ella durante estos años. Y supongo que es por eso por lo que cree que yo debería ser el tutor de Zoe.

Aparte de las consideraciones morales, e ignorando la clara implicación de que Lionel y ella deberían haber prestado más atención a la hija de su ex socio, los pensamientos de Isabel iban por otro lado.

–Zoe era una niña guapísima, si no recuerdo mal. Pasamos una Navidad en Wakeham Lodge con los Rothwell… ¿recuerdas, Lionel? Fue entonces cuando Martin decidió venderte sus acciones. Semanas más tarde, él y su mujer murieron en aquel trágico incendio, de modo que debieron dejar una herencia muy considerable. Es posible que Zoe sea una niña difícil, pero con toda seguridad también es una rica heredera. ¿No es así, Javier?

–Sí, claro. Zoe heredará una enorme cantidad de dinero cuando cumpla veintiún años, pero ahora ese dinero está en un fideicomiso.

–¿Sigue siendo igual de guapa? Recuerdo que tenía el cabello rubio, liso… y los ojos de color miel, casi dorados.

Javier arrugó el ceño. ¿Qué tenía que ver el aspecto físico de Zoe con su problema? Lo que su madre debería hacer era darle consejos sobre cómo tratar a una adolescente.

–¿Guapa? No lo sé… es una cría. Suelo visitar a Zoe un par de veces al año, pero Alice siempre se está quejando. Según ella, su nieta es insoportable y las niñeras desaparecen a la velocidad del

rayo.

De pequeña, Zoe lo pasaba muy bien con él. Javier estaba en la universidad, pero iba a verla un par de veces al año y la llevaba al cine o al zoo. La pobre niña huérfana tenía que soportar a su abuela y a la acompañante y ama de llaves de ésta, la señorita Pilkington, dos mujeres serias y estiradas que siempre vestían de negro. Según ellas, a los niños había que verlos, pero no oírlos.

Cuando Zoe fue al internado se volvió seria, antipática, silenciosa. Javier la recordaba con una larga trenza rubia que le caía por la espalda…

Había pasado un año desde la última vez que la vio. Las presiones del trabajo no le permitieron ir a visitarla… pero recordaba que la última vez ella se quedó mirándolo muy fijamente, con el ceño fruncido, como si estuviera echándole algo en cara.

–Deberías casarte con ella –dijo su madre–. Zoe tiene su propia fortuna, de modo que no se gastaría la tuya. Y ésa es una consideración a tener en cuenta. ¿No te parece lo más conveniente, Javier? Además, si alguien puede curarla de ese comportamiento infantil, seguro que eres tú.

–Por favor, mamá –rió él, para disimular su irritación.

Pero con su madre la irritación no duraba más que unos minutos. En cuanto al problema de Zoe, ésa era otra cuestión.

El corazón de Zoe latía con tal fuerza que estaba empezando a marearse. El reloj que había sobre la chimenea marcaba los interminables minutos con un tictac enloquecedor. ¡Javier Masters iba a buscarla!

Desde la ventana podía ver el camino por el que llegaría su coche y le dolían los ojos del esfuerzo de no parpadear.

Por primera vez en diecisiete años, creía en el ángel de la guarda; algo o alguien cuidaba de ella. ¿Qué otra cosa podría explicar su repentina decisión de dejar el internado, volver a casa en autoestop y decirle a su abuela que no pensaba volver?

Odiaba el internado desde que la enviaron allí a los once años. Rodeada de extrañas que no le interesaban nada, Zoe aprendió muy pronto que la única forma de controlar la pena de que nadie la quisiera era fingir que nadie le importaba.

Las otras sesenta alumnas del internado eran niñas que no se quejaban de nada y Zoe pronto entendió por qué. El principio del internado Benchley era la estricta disciplina y se castigaba severamente cualquier comportamiento intolerable para la dirección, sin considerar las circunstancias.

La amenaza del castigo no significaba nada para ella. Ningún castigo podía compararse con lo que había vivido; el dolor de perder a sus padres, su casa, su infancia feliz, todo en una noche. El único superviviente de ese pasado era Misty, su pony, que estaba seguro en el establo. Pero la abuela Alice no le permitió que lo conservara. Y Misty fue vendido.

De modo que Zoe odiaba a su abuela. En realidad, apenas la había visto hasta la muerte de sus padres y se quedó horrorizada al ver cómo Alice se apartaba de ella, cómo no le permitía subirse a sus rodillas o darle un beso.

Nunca se había sentido rechazada hasta entonces. Y como no le gustaba tener miedo, convirtió ese miedo en rabia, en una negación continua, en una obstinada insistencia que la llevaba a tomar sus propias decisiones. Zoe hacía lo que quería hacer y no lo que le pedían.

Una semana antes decidió marcharse del internado, harta de todo. Pensaba que su abuela la echaría de casa, pero Alice anunció:

–Javier Masters ha aceptado ser tu tutor hasta que seas mayor de edad. Yo he hecho lo que he podido hasta ahora, pero no puedo continuar. Mi única esperanza es que él consiga hacerte entrar en razón. Vendrá a buscarte mañana por la tarde. Haz tu maleta, Zoe.

Desde entonces estaba eufórica. ¡Su ángel de la guarda existía de verdad! Ella siempre había adorado a Javier.

De pequeña, cuando iba a visitarla, la llevaba al zoo, le compraba helados y hamburguesas, iban a la playa… cosas que jamás podía hacer con su abuela. Había seguido visitándola durante todos aquellos años, pero a partir de los trece años, Alice empezó a prohibir que la llevase al cine o a la playa, como castigo por sacar malas notas.

Las visitas empezaron a ser menos frecuentes y representaban una tortura. Los tres sentados tomando el té, con su abuela diciéndole: «Estira la espalda, Zoe», «Contesta a esa pregunta» o «No comas tantas galletas».

Javier le preguntaba por el colegio, pero ella se negaba a contestar porque no quería que nadie supiese lo infeliz que era. A pesar de eso, él sonreía amablemente. Cuando se marchaba le daba un abrazo y a Zoe le entraban ganas de llorar.

Javier Masters parecía ser la única persona en el mundo que sentía cariño por ella y sabía que pasarían meses antes de que volviese a verlo.

Entonces, el año anterior, en su última visita, había ocurrido algo asombroso: Zoe se dio cuenta de que estaba loca por él. No sólo porque fuera guapísimo –pelo oscuro, ojos grises que a veces podían parecer negros, pómulos altos, labios muy masculinos, mentón cuadrado– sino porque era un hombre bueno y seguro de sí mismo, alguien que lucharía a muerte para defender a un ser querido.

Sintiendo como si tuviera mariposas en el estómago, Zoe no pudo apartar los ojos de él. Escuchaba cada una de sus palabras como si quisiera memorizarlas…

La maravilla de haberse enamorado fue como una armadura contra la frialdad de su abuela y los horrores del internado. Incluso se puso a estudiar, decidida a sacar buenas notas, para que su abuela no pudiera prohibirle salir con Javier la siguiente vez.

Zoe estaba en el séptimo cielo contando los días. Sabía que Javier Masters nunca podría enamorarse de ella, pero eso no frenaba sus fantasías ni su anhelo de volver a verlo.

Sin embargo, aquel año Javier no apareció y Zoe tuvo que aceptar que tenía cosas más importantes que hacer que visitar a una cría que ni siquiera era pariente suya. ¿Por qué iba a hacerlo? Ya no era una niña, tenía diecisiete años y podía cuidar de sí misma.

Pensar que jamás volvería a verlo, que nunca volvería a disfrutar de sus sonrisas, le dolía tanto… De modo que se convenció a sí misma de que no le importaba. Siempre hacía eso para no sufrir.

Pero la noticia de la abuela Alice lo cambió todo; rompió la barrera de indiferencia que había construido alrededor de su corazón desde la muerte de sus padres.

¿Cuánto tiempo tardaría en llegar?

Nerviosa, se levantó del sillón. Sabía que había pasado la noche en su apartamento de Londres y que iría en coche a Berkshire. ¿Por qué tardaba tanto? Estaba deseando volver a verlo. La idea de estar

a su cargo durante los próximos años hacía que le temblasen las rodillas.

Unos segundos después, su abuela entró en la habitación. Delgadísima y vestida de negro, como siempre, le dijo en tono agrio:

–Si no quieres quitarte ese horroroso vestido que llevas, al menos tápate con un abrigo. Y ponte un pañuelo o algo. Si Javier te ve con esa pinta, no querrá saber nada de ti.

Zoe salió de la habitación y recorrió el pasillo de mármol blanco y negro que llevaba a la puerta.

Cuando se fue del internado, juró no volver a ponerse un uniforme en toda su vida. Ni el uniforme ni las horribles faldas grises que su abuela le compraba y que parecían salidas de un catálogo de ropa para ancianas.

La mensualidad que le pasaba el fideicomiso era generosa, pero no había tenido oportunidad de tocarla, de modo que la semana anterior fue a Londres y se gastó un dineral en cosas prohibidas: maquillaje, tinte para el pelo, montones de vestidos juveniles…

Mientras se los probaba en los vestuarios se sintió joven y alegre por primera vez en su vida. Se sintió moderna.

La abuela Alice seguía viviendo en la era victoriana, se dijo a sí misma mientras se sentaba a esperar en los escalones de la entrada.

Javier llegó más tarde de lo que esperaba porque tuvo que hacer un par de llamadas urgentes de última hora.

La casa estilo Regencia estaba exactamente igual que siempre y giró el Jaguar para tomar el camino de entrada… pero pisó el freno cuando un borrón de color malva se interpuso en su camino.

¿Zoe?

Se había transformado. Las faldas grises habían desaparecido y llevaba, en cambio, unas botas negras con tacón de aguja, una minifalda de color malva con el bajo asimétrico, una blusa de encaje de color naranja… ¿y qué demonios se había hecho en el pelo?

De color rojo brillante, parecía cortado por un loco con unas tijeras de jardinero… ¡y lo llevaba tieso, con gomina!

Javier se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche.

Seguramente a Alice le habría dado un ataque al ver a su nieta vestida así. ¿Habría sido eso, además de su escapada del internado, la proverbial gota que colmó el vaso?

Zoe estaba dando saltitos. Parecía muerta de frío y debía estarlo con aquella blusa sin mangas.

Sonriendo, Javier sacó su chaqueta de cuero y se la puso sobre los hombros.

–Hola.

Ella sonrió con timidez. Llevaba un kilo de maquillaje, mal aplicado, por supuesto. Sólo era una niña, se dijo. Todos los adolescentes experimentan, prueban cosas nuevas para conocerse a sí mismos y Zoe debía estar pasando por esa fase. Mejor eso que las drogas o el alcohol, pensó. Pero conociendo a Alice… ella no habría sabido cómo tratarla y, seguramente, la haría sentir ridícula. Aunque sería mejor mantener la boca cerrada sobre el asunto.

Sus buenas intenciones se vinieron abajo al ver que Zoe llevaba una mariposa tatuada en la mejilla izquierda.

–¿Por qué te has hecho eso? –murmuró, tocando el tatuaje con el dedo.

Había una cara preciosa bajo aquella capa de maquillaje y los ojos dorados brillaban llenos de humor. Y, de repente, sin saber por qué, a Javier se le aceleró el corazón.

–Es una pegatina, bobo –replicó Zoe.

Se sentía feliz. Vivir con aquel hombre iba a ser maravilloso. Javier no había hecho ningún comentario desagradable sobre su ropa ni puso cara de horror al ver su peinado. Con él, alejada del internado y de la férrea disciplina de su abuela, podría vivir como quisiera y ser ella misma. Siempre había sabido que era maravilloso y en aquel momento lo quería como nunca.

Media hora después, ya en la autopista, Javier iba con los dientes apretados. La despedida le había partido el corazón. Alice Rothwell no había podido dejar más claro que se alegraba de perder de vista a su nieta. El perfume que llevaba lo estaba mareando, pero no podía bajar la ventanilla porque se helaría de frío.

Naturalmente, Zoe rechazó la gabardina que le ofreció la señorita Pilkington y mostraba demasiado muslo con esa falda tan corta…

Javier no quería mirarla porque aquella cosa de encaje que

llevaba debería estar prohibida. Y, además, no llevaba nada debajo.

Entendía que se rebelara contra el uniforme del colegio, pero se había pasado. Era cierto que estaba guapa y resultaba moderna, pero a ojos de casi todo el mundo…

Había llegado la hora de poner unas cuantas reglas, decidió.

–Hay un par de cosas que debes saber, para que no pienses que estando conmigo tu vida será un lecho de rosas. Para empezar, el administrador del fideicomiso me ha dicho que has estado pidiendo dinero.

–Es que…

–Eso no puede ser, Zoe. Si necesitas dinero, dímelo. Y si es una cantidad razonable para algo razonable, yo hablaré con él. ¿Entendido?

–No me hizo ni caso –replicó ella–. Hice una petición razonable y me trató como si fuera una cría.

–¿Y cuál era esa petición razonable? –preguntó Javier, con una sonrisa en los labios.

Zoe hizo una mueca. ¿Estaba siendo condescendiente con ella? De todas formas, Javier era la única persona que podía criticarla sin que la molestase.

–Hay un montón de dinero a mi nombre que está ahí, muerto de risa. Y hay muchísima gente que duerme en la calle, gente que está sola en el mundo… La única diferencia entre ellos y yo es que yo tengo un techo sobre mi cabeza y una fortuna en el banco, así que quería repartir un poco de ese dinero.

Después de decirlo, Zoe se cruzó de brazos, esperando una charla sobre «la insensatez de los adolescentes».

–Hay otra diferencia entre esas personas y tú, Zoe –suspiró Javier–. Ellos están solos en el mundo, pero hay gente que se preocupa por ti. Tu abuela, para empezar. Puede que no lo creas, pero si no le importases no habría intentado convertirte en una señorita.

Javier no hizo caso del bufido de Zoe mientras tomaba la salida de Cirencester.

–Y a mí también me importas. Si no fuera así, le habría dicho a tu abuela que buscase otro tutor. Y sobre la gente sin hogar… hay mejores formas de ayudarlos que repartir un puñado de dinero. Si

sigues pensando lo mismo cuando cumplas veintiún años, hablaremos del asunto. ¿De acuerdo?

Zoe se limitó a asentir con la cabeza porque tenía un nudo en la garganta. Había dicho que le importaba y él era la única persona en el mundo que podía hacerla llorar.

Pero la sensiblería desapareció por completo cuando Javier anunció:

–Y como me importas, insisto en que termines los estudios.

Zoe puso cara de horror.

–¡Me escapé del internado, no puedo volver!

–No tienes que volver al internado. Irás a un colegio en Gloucester. Joe Ramsay te llevará e irá a buscarte todos los días. Quizá recuerdes a la señora Ramsay, mi ama de llaves. Joe es su marido. Ellos cuidarán de ti cuando yo no esté.

Por supuesto que recordaba a Ethel Ramsay. Incluso recordaba haber hecho pasteles con ella cuando era pequeña, unas navidades, antes de que murieran sus padres.

–Y otra cosa –dijo Javier–. Esa forma de vestir… podría dar una impresión equivocada. Además, hay cosas que te quedarían mucho mejor. Tú eres una niña muy guapa y, si no recuerdo mal, tenías un pelo precioso.

Sin contar lo de «niña», lo de guapa y lo del pelo precioso fue como un regalo para Zoe.

–¿Y? –preguntó, sin atreverse a creer que Javier pudiera tener un interés más personal en ella.

–Si vuelves a ponerte el pelo de tu color natural, iremos juntos a comprar ropa. ¿De acuerdo?

No era algo tan personal como había esperado, no era una declaración de amor. Claro que no. Pero vivir con Javier sería mucho mejor que vivir con su abuela.

¿Y quién sabe? Viviendo juntos quizá Javier empezaría a verla como una chica joven y no como una niña.

–A ver si lo entiendo. Tengo que volver al colegio y, además, tú me dices cómo tengo que vestir, de qué color debo llevar el pelo… ¿Y qué gano yo con todo esto?

Javier disimuló una sonrisa. Zoe Rothwell era una manipuladora nata.

–Si haces las cosas bien, cuando termines el curso recibirás un

premio. Podemos ir a esquiar, de vacaciones a España, a París… ¿Trato hecho?

La felicidad amenazaba con ahogarla. ¡Todo eso con él! ¡Estaba en el séptimo cielo!

–¡Trato hecho!

Capítulo 1

Dos años después…

–Siento mucho haberlo molestado, señor Masters –empezó a decir Ethel Ramsay cuando vio a Javier saliendo del coche. Aprensiva, notó su expresión irritada y la tensión de sus hombros bajo la camisa blanca.

Estaba furioso y lo entendía. Sabía que trabajaba muchas horas en la constructora y llamarlo para que fuese a Wakeham desde Londres… Pero estaba muy preocupada. Y Joe también.

–Has hecho bien en llamarme, Ethel –suspiró Javier–. Si alguien debe pedir disculpas, soy yo. Debería haber estado más pendiente de todo.

Era culpa suya. Había mantenido el mínimo contacto con Zoe durante los últimos catorce meses, desde el episodio en casa de sus padres, en Andalucía. Entonces le pareció lo mejor, pero empezaba a pensar que se había equivocado. Su falta de criterio hacía que estuviera furioso consigo mismo.

–¿Dónde está? –preguntó. En ese momento, una cosa que parecía una alfombra peluda se coló entre sus piernas y se sentó al sol, con la lengua fuera–. ¿Qué demonios es eso?

–Boysie –contestó Ethel, un poco más tranquila. Su jefe era una persona estupenda, pero cuando estaba enfadado… mejor no acercarse–. Es el perro de la señorita Zoe. Se adoran. Lo encontró abandonado en la calle y decidió quedárselo. Deja pelos por todas partes, pero le hemos quitado las pulgas.

Javier dejó escapar un suspiro. De modo que el zoo se había ampliado. La última vez había tres gatos y un zorrito abandonado que, afortunadamente, fue devuelto al bosque.

Hambrienta emocionalmente durante la mayor parte de su infancia, Zoe necesitaba dar cariño, de modo que lo del zoo estaba permitido. Al menos, así él había dejado de recibir sus atenciones…

–¿Dónde está ella? –repitió, entrando en el vestíbulo.

–Con el coche –dijo Ethel, con expresión preocupada.

Unas semanas antes, Zoe lo había llamado para decirle que quería comprar un coche. Era una petición razonable; después de todo, ya tenía diecinueve años. El administrador del fideicomiso aceptó entregarle el dinero y Zoe empezó a recibir clases. Todo iba más o menos bien hasta que recibió una nota de Ethel en la que le decía:

La señorita Zoe sale con una gente muy rara. Joe y yo hacemos lo que podemos para controlarla, pero no es suficiente. ¿Puede venir?

Javier tenía que saber algo más sobre el asunto antes de enfrentarse con ella.

–Entonces tenemos tiempo para que me cuentes –dijo, tomando a Ethel del brazo para llevarla al luminoso cuarto de estar.

–Lo de conducir no es el problema, señor Masters. Es que ha insistido en comprarse uno de esos coches deportivos… Joe intentó convencerla de que para una primeriza no era buena idea, pero la señorita Zoe no le hizo caso –empezó a contar su ama de llaves, nerviosa–. Sólo escucha a Oliver Sherman. ¿Y sabe una cosa? La ha convencido para que le deje el coche y viene a buscarla por las tardes para enseñarla a conducir… pero que yo sepa ya ha destrozado dos coches que le compró su padre. Y eso no es lo peor –siguió Ethel, cada vez más nerviosa–. Está saliendo con una gente muy rara… Joe y yo creemos que salen con ella para ver qué pueden sacarle. Usted sabe que su mensualidad aumentó mucho al cumplir los dieciocho años… bueno, pues el dinero se lo gasta con ellos, sobre todo con ese tal Sherman. Yo he intentado advertirla, y Joe también, pero no nos hace ni caso. Sale hasta las tantas y muchas veces no llega a casa hasta el amanecer. Y otra cosa…

El catálogo de problemas fue interrumpido por el chirrido de unos frenos.

–Deben de ser ellos…

Javier salió a la puerta en dos zancadas. Al lado de su Jaguar

había un brillante Lotus rojo.

–¡Fuera! –dijo con expresión seria, abriendo la puerta del conductor.

Oliver Sherman, un tipo con aspecto de playboy, lo miró, arrogante.

–¿Y si no quiero?

–No he oído eso –murmuró Javier. Sherman era un niño mimado, el hijo de un constructor de la zona con una reputación más bien dudosa–. Tienes dos segundos para salir del coche –añadió, en un tono que no admitía réplica.

El chico iba a obedecer, pero entonces miró a Zoe y pareció armarse de valor.

–Zoe me deja usar su coche. No es asunto suyo.

–¿No?

Los ojos grises se volvieron casi negros. Asustado, Sherman salió del coche y desapareció a toda velocidad.

Zoe lo vio alejarse con alivio. Ollie no la había dejado conducir aquel día porque, según él, no le apetecía soportar a una principiante que no distinguía el embrague del freno.

Además, la había llevado a Kenley Common con aviesas intenciones. Zoe estaba acostumbrada a sus declaraciones de amor y no le hacía ni caso, pero aquel día se puso muy pesado y tuvo, literalmente, que quitárselo de encima. Y, para remate, mientras volvían a casa iba conduciendo como un loco.

Empezaba a hartarse de él. Habían quedado para ir a bailar esa noche, pero no quería ir de copas si Javier estaba allí. De modo que cancelaría la cita.

Entonces se concentró en Javier, con un escalofrío de emoción, como siempre. Llevaba mucho tiempo sin verlo y lo echaba de menos cada día. Cada minuto de cada día.

Zoe lo observó guardando las llaves del coche en el bolsillo del pantalón gris.

–¡Te has acordado! –exclamó, saliendo del coche.

Él no dijo nada. Se quedó estudiándola con expresión seria, impasible.

–¿Acordarme de qué?

Ah, entonces no había ido a celebrar su cumpleaños. La sonrisa de Zoe desapareció. Pero daba igual. Lo importante era que estaba

allí. Le daban ganas de echarse en sus brazos, pero sabía que no debía hacerlo. Después de lo que pasó en España, pensaría que estaba intentando seducirlo otra vez…

Se puso colorada al recordar lo tonta que había sido.

–Nada. Olvídalo –intentó sonreír. Debía recordar que no podía llevar el corazón en bandolera–. Me encanta que hayas venido. ¿Hasta cuándo te quedas?

Javier dejó escapar un suspiro, recordando como si fuera una película lo que pasó en casa de sus padres: Zoe saliendo de la piscina con un diminuto biquini, echándose en sus brazos, buscando sus labios mientras murmuraba: «Te quiero, te quiero, siempre te he querido».

Él la había rechazado amable, pero firmemente. Pero el incidente lo dejó perplejo. Desde entonces se había mantenido alejado de ella, sabiendo que era un enamoramiento adolescente, algo que Zoe olvidaría en unos meses si no tenía contacto con él.

Pero no estaba allí para regañarse a sí mismo por errores pasados.

–Me quedaré el tiempo suficiente para solucionar tu futuro inmediato. ¿Entramos?

Zoe lo siguió intentando disimular su decepción, con Boysie correteando a su lado. ¿Seguía enfadado con ella porque no había querido empezar la carrera? ¿O estaría harto de su papel de tutor? Quizá lamentaba haber aceptado el ruego de su abuela Alice…

Por su expresión, eso parecía, desde luego. La muerte de sus padres y el rechazo de su abuela la habían enseñado a no dejar que nadie se acercara lo suficiente como para hacerle daño… nadie excepto Javier.

¿Por qué lo quería? ¿Por qué seguía pensando en él día y noche?

Se enorgullecía de ser una chica dura, pero ¿tanto como para soportar que nunca sería para él más que una obligación, una piedra al cuello, una pérdida de tiempo? Un tiempo que él prefería emplear en su negocio o con alguna mujer sofisticada…

Tendría que serlo. Y debía empezar de inmediato.

Javier le indicó que se sentara en el sofá, pero ella eligió un sillón cerca de la ventana.

Él no se sentó. Estaba demasiado tenso. Zoe Rothwell había cambiado mucho desde la última vez que se vieron. El pelo, largo y

liso como una cascada de oro, enmarcaba unas facciones delicadas. Era una chica alta, un metro setenta y cinco por lo menos, y delgada; los pantalones color beige marcaban una cintura y unas caderas estrechas como las de una modelo, y el top sin mangas de color caqui, muy a la moda, dejaba al descubierto su ombligo.

Era lógico que Sherman fuese detrás de ella… Sherman y todo aquel interesado en una rica y guapa heredera, claro.

El indeseado recuerdo de su cuerpo medio desnudo en la piscina lo hizo carraspear. Había hecho lo que tenía que hacer, aunque una persona menos honesta se habría aprovechado.

Pero antes de darle la charla, tenía que saber qué clase de relación mantenía con Sherman y con ese grupo de gente con el que salía. Quizá Ethel estaba exagerando.

Javier se metió las manos en los bolsillos del pantalón, concentrándose en lo que tenía que decir, pero el reflejo del sol sobre su pelo lo desconcentraba.

A juzgar por su expresión, Javier parecía desear no haberla conocido nunca, pensó Zoe. La angustia borró el brillo alegre de sus ojos. Cuatro años antes se había enamorado de él y, desde entonces, no pudo quitárselo de la cabeza.

Cuatro largos años preguntándose cuándo iría a visitarla, esperando una carta suya, sintiendo que se le ponía el corazón en la garganta cada vez que sonaba el teléfono… Zoe había querido convertirse en el tipo de mujer que a él le gustaba: esbelta, sofisticada, sexy. ¿Y para qué le había servido? Para nada. Llevaba casi un año sin verlo.

Se comportaba como una tonta y eso tenía que terminar. De inmediato. Javier nunca sentiría nada por ella. Para él sólo era una niña, una carga, alguien de quien tenía que cuidar.

¿Y qué?, se dijo, furiosa consigo misma. Lo que debía hacer era vivir y no estar de luto por algo que nunca podría tener.

En el tenso silencio vio que Javier empezaba a relajarse y decidió hablar antes de que él le diera la charla.

–Has dicho que querías discutir mi futuro inmediato.

–Exactamente –murmuró él, observando cómo acariciaba las orejas del perrillo. El animal parecía estar en el cielo.

–Yo también quiero hablar contigo. He decidido que es hora de separarnos –dijo Zoe entonces, levantando la barbilla–. Soy una

mujer adulta y he cumplido el trato. Tú también has hecho lo que has podido…

–¡Un momento! ¿Estás diciendo que yo no he cumplido mi parte del trato?

–No, claro que no –murmuró Zoe, apartando la mirada.

Fijarse en esos pómulos, en esos labios que parecían hechos para besar, no era la cura que estaba buscando.

–¿Entonces?

–Yo terminé mis estudios a cambio de… tus premios –dijo Zoe, con aparente calma–. Preparaste una excursión para ir a esquiar… y me enviaste con tu novia de entonces… Glenda ¿no? ¿De verdad tuviste que sobornarla como me contó? Luego París, con Sophie. Ah, y los lagos italianos, con Glenda otra vez…

–Bueno, ya está bien –la interrumpió Javier.

Había entendido el mensaje: le prometió vacaciones y las tuvo, pero sin él. Aunque quizá fue lo mejor. Durante las únicas vacaciones que pasaron juntos, en Andalucía, Zoe se le declaró…

–Quería que lo pasaras bien, pero no estoy acostumbrado a hacer de niñera.

«Quería», en pasado.

Eso lo decía todo. Javier la acogió bajo su ala cuando era una cría, pero ya era una mujer adulta y quería librarse de ella. Aunque Zoe lo sospechaba, le dolió mucho. Tanto que le entraron ganas de llorar, pero no pensaba hacerlo. Tenía que comportarse como una adulta.

–Ya no necesito una niñera, así que no te preocupes. Pienso pedirle al administrador del fideicomiso que me dé dinero para comprar un apartamento. Quiero ser independiente…

–¿Independiente? ¿Para qué, para salir con tipos como ese Sherman, para tomar copas hasta las tantas de la madrugada y conducir un deportivo? ¡Por encima de mi cadáver!

Zoe apretó los dientes. Ethel la había delatado. Por eso estaba Javier allí. No quería verla, no quería estar con ella…

–Una chica tiene que divertirse –replicó, haciéndose la frívola.

Se sentía sola, tenía que salir con gente de su edad. Por eso se apuntó al club de tenis, donde conoció a Ollie, Guy y los demás. Se gastaba dinero en ropa, invitaba a sus amigos a comer, tomaba copas en discotecas de moda… Sabía que estaban con ella por el

dinero, pero le daba igual. Al menos su compañía la hacía olvidar el vacío de su vida. Ollie decía que la quería, pero ella sabía que no era verdad. Con el único amor que podía contar era con el de Boysie y los gatos.

Como para demostrarlo, un gato negro apareció en ese momento y se subió en sus rodillas. A Boysie no pareció hacerle mucha gracia, pero se limitó a mirar para otro lado.

Javier arrugó el ceño. Zoe había dicho que tenía que divertirse, pero lo que necesitaba era amor. Vivía sin amor desde la muerte de sus padres y eso debía ser muy duro. Por eso precisamente podría ser víctima de tipos sin escrúpulos, como Sherman. Y él tenía que ayudarla.

Suspirando, se sentó a su lado y tomó a Boysie en brazos.

–No creo que sea buena idea que te vayas a vivir sola, pero no tenemos que pelearnos.

No hubo reacción por parte de Zoe, apenas un encogimiento de hombros. Y Javier tuvo que luchar contra el deseo de abrazarla. Eso la haría sentir mejor, pero al recordar el incidente en España…

–Lo que sugiero es que vayas a una autoescuela y guardes el Lotus en el garaje hasta que tengas más experiencia. Y luego decidiremos qué quieres hacer con tu vida. Una vez me dijiste que estabas interesada en los demás, ¿te acuerdas? En la gente que no tiene casa, que no tiene a nadie en el mundo…

Zoe dejó al gato en el suelo y salió de la habitación sin decir nada. Javier se sintió culpable. Debería haber ido a visitarla más a menudo. Cuando era una cría sabía manejarla, pero… no sabía qué hacer con una Zoe adulta.

Zoe no quería llorar. Ella no lloraba nunca. Pero tenía tanta pena…

Una hora antes habría aceptado cualquier interferencia en su vida con los brazos abiertos si eso significaba que iba a ver a Javier más a menudo. Llevaba años soñando que quizá algún día…

Pero eso no iba a pasar. Lo había aceptado por fin. Por fin, había dejado de fantasear. Javier nunca la querría.

Cuando Oliver Sherman la llamó al móvil, Zoe se sentó en la alfombra para contestar.

–Tu tutor es un imbécil –le dijo–. ¿Cuándo se marcha?

–No lo sé –contestó ella.

–Iremos a buscarte en el coche de Guy a las siete. He reservado mesa en Anton y luego ya veremos dónde vamos. ¿Te parece? Ah, y lleva las llaves del Lotus. Me lo llevaré a casa cuando tu tutor esté dormido. No puedo soportar estar sin coche y hasta que los del seguro decidan qué pasa con el último accidente… ¿estás ahí, Zoe?

Ella suspiró. Iba a cancelar la cita, pero las cosas habían cambiado. Sería mejor no estar mucho tiempo con Javier.

Pasar una tarde divertida con sus amigos, aunque tuviese que pagar la cuenta del restaurante, era seguramente lo que necesitaba para olvidarse de él. Además, así aprovecharía la oportunidad para decirle a Ollie que lo que había pasado esa mañana no podía volver a ocurrir. No estaba interesada en él y nunca lo estaría.

–A las siete entonces –dijo, antes de colgar.

Zoe estaba en la puerta a las siete menos cinco. Y se había vestido para la ocasión.

Llevaba el pelo echado hacia un lado, sujeto con un clip de carey, a juego con una enorme pulsera. El vestido era una especie de túnica de color bronce, sin mangas y con un tremendo escote en la espalda. Como toque final, unas sandalias de tacón de aguja.

El espejo le había dicho que estaba tremenda. Tremenda y sexy, como las amigas de Javier, preparada para pasar la noche de juerga con sus amigos. Y debería decirle a Javier que no se metiera en su vida.

Incluso Ethel se quedó sorprendida al verla.

–Veo que no se queda a cenar, señorita Zoe.

–Un diez por observadora –fue la antipática réplica de Zoe, en venganza por haberse chivado a Javier. Algo que lamentó inmediatamente porque, a pesar de sus charlas, Ethel le caía muy bien. Se disculparía al día siguiente, pensó. No quería hacerle daño por nada del mundo.

El ama de llaves desapareció a toda velocidad y Javier apareció unos segundos después.

Se quedó atónito al verla. Estaba guapísima. Parecía… parecía

mucho mayor.

–¿Vas a algún sitio?

–Voy a salir con mis amigos –contestó ella, poniendo énfasis en la última palabra.

–¿Incluyendo a Sherman?

–Naturalmente –Zoe no tenía valor para mirarlo. Estaba demasiado cerca y hubiera deseado tocarlo, darle un beso…

Qué tonta era. Seguía fantaseando con lograr su amor.

–Ve al estudio. Ahora mismo –dijo Javier entonces.

Ella se volvió, perpleja.

–¿Cómo?

–O vas por tu propio pie o te llevo yo. Tú decides. Y pienso decirle a Sherman que hoy no puedes salir con él.

Javier no amenazaba en vano y Zoe estaba segura de que si no iba por su propio pie al estudio, era capaz de llevarla en brazos. De modo que se dio la vuelta y entró en la casa. Entonces oyó el motor del coche de Guy. Menuda noche de copas.

Había sido una tonta al pensar que sería tan fácil olvidarse de Javier. Y ahora, encima, tendría que aguantar otra charla.

Zoe estaba de pie delante de uno de los ventanales del estudio y se volvió al oírlo entrar. A Javier se le encogió el corazón. Los ojos dorados, como el topacio de los pendientes que había comprado para ella en Londres esa mañana, brillaban desafiantes, pero había en ellos una vulnerabilidad que no sabía esconder. Y esa vulnerabilidad lo hacía sentir compasión por aquella cría que se creía una mujer…

Nervioso, se acercó al bar y sacó una botella de vino. Decirle que tenía que hacer algo con su vida no serviría de nada. Su abuela y las profesoras del internado lo habían intentado sin éxito. Zoe Rothwell no podía ser empujada, pero quizá sí podría guiarla, aconsejarla.

El problema era que había dejado de ser una niña, un hecho que quedó claro cuando se sentó y cruzó sus largas y bien torneadas piernas.

Una bala perdida, pensó Javier. Si no hacía algo…

–Ah, gracias –dijo Zoe cuando le ofreció una copa–. Pensé que ibas a darme un vaso de leche.

Él sonrió. Quizá la había tratado como a una niña durante

demasiado tiempo.

La melena rubia caía sobre los pechos perfectos, sin sujetador…

Javier tuvo que carraspear mientras se apoyaba en el escritorio para mirar a aquella chica preciosa que era como una bomba a punto de estallar. Siendo tan guapa y estando tan falta de amor, sería presa fácil para cualquier canalla. Un canalla como Oliver Sherman, por ejemplo.

Zoe era su responsabilidad… Una idea extraña empezaba a formarse en su cabeza, pero no quiso contemplarla.

–¿Qué piensas hacer con tu futuro? –le preguntó.

Zoe bajó la mirada. A pesar de sus buenas intenciones no podía apartar los ojos de él. Quizá no podría hacerlo nunca. Pero debía mostrarse indiferente, fría.

Ya no era una niña, era una mujer… aunque no sabía qué hacer con su vida. Y le daba vergüenza decirle que había pensado trabajar para alguna organización benéfica, pero no sabía por dónde empezar.

Confesar eso, admitir que se sentía perdida, sólo serviría para que Javier se quedara más tiempo en Wakeham. Intentaría aconsejarla sobre qué camino tomar, convencería al administrador del fideicomiso para que le comprase un apartamento cerca de la oficina, estaría pendiente de ella…

–No te preocupes por mí. Ya no soy tu responsabilidad. Incluso puede que me case con Ollie –dijo, aunque era mentira–. Me lo ha pedido muchas veces.

–¿No me digas?

–Pues sí. Si me caso, te enviaré una invitación.

Javier apretó los dientes, furioso. De modo que su relación con ese imbécil era más seria de lo que había pensado… ¿Cómo podía quedarse de brazos cruzados mientras Zoe cometía el mayor error de su vida? Entonces se le ocurrió algo, una idea absurda, pero…

–¿Quieres casarte? Muy bien, cásate conmigo.

Algunos impulsos eran absurdos, pero aquél no. De esa forma podría mantenerla a salvo de canallas como Sherman.

Zoe lo miraba, incrédula. ¿Cuántas veces había soñado que Javier le pedía que se casara con él? ¡Millones!

–No puedes decirlo en serio –murmuró, con voz estrangulada.

–Nunca he dicho algo más en serio en toda mi vida.

–Pero si ni siquiera te gusto.

Él dejó escapar un suspiro. ¿Que no le gustaba?

–Me has importado desde que eras una mocosa. Cuando perdiste a tus padres y tuviste que quedar al cuidado de tu abuela… siempre he admirado tu carácter, Zoe –admitió con una sonrisa–. Siempre me has importado. Y precisamente porque me importas estoy sugiriendo que te cases conmigo.

¿Se atrevía a traducir «me importas» por «te quiero»? Zoe sacudió la cabeza. No podía ser. Sin embargo…

Javier recordó el episodio de la declaración, pero estaba seguro de que se le habría pasado. En cualquier caso, había llegado el momento de establecer ciertas reglas.

–Por supuesto, sería un matrimonio de conveniencia. No esperaría que compartieses mi cama. Sólo mi casa y mi vida durante los próximos dos años, hasta que cumplas los veintiuno. Naturalmente, cuando seas mayor y hayas decidido qué quieres hacer con tu vida, anularíamos el matrimonio.

Podía ver que a Zoe le temblaban las manos. Estaba pálida.

–Yo…

–Así estarías protegida de sinvergüenzas como Sherman, hombres que se casarían contigo sólo por tu dinero. Intenta recordar que tu herencia no es un misterio para nadie, Zoe.

Ella se levantó con cierta dificultad. Sentía náuseas. Aquella petición tan desangelada, tan fría, le había roto el corazón.

–Como petición de matrimonio, es un asco.

–A mí me parece muy razonable –replicó Javier.

No iba a llorar, se dijo. Ella no lloraba nunca… pero las lágrimas empezaron a correr por su cara como humillantes ríos.

–Lo que quieres decir es que nadie podría quererme –murmuró, limpiándose las lágrimas con furia–. Sólo se casarían conmigo por mi dinero, ¿no? ¡Eso me hace sentir muy bien!

Se dirigió a la puerta, pero no pudo llegar porque Javier la tomó en sus brazos y la apretó contra su corazón. No había querido herir sus sentimientos.

–No llores –murmuró, acariciando su pelo–. Claro que te querrán, Zoe. Eres preciosa, inteligente y tienes mucha personalidad. ¿Cómo no van a quererte?

Zoe dejó de llorar. Pobrecilla. Javier le dio un golpecito en el

hombro y luego, sin pensar, deslizó la mano por su espalda.

–Perdona si te he molestado, pero la idea de que te cases con un idiota como Sherman me pone enfermo. Tú te mereces algo mejor. Mucho mejor. Yo sólo quiero protegerte, Zoe.

Ella levantó la cara. Apenas podía respirar por la multitud de emociones que sentía en su interior. Cuando le dijo que era preciosa parecía sincero. Y la había tomado en sus brazos para consolarla… debía quererla un poquito al menos.

Los ojos brillantes, las pestañas mojadas, los labios abiertos y ligeramente temblorosos… Javier tuvo que apretar los dientes. ¿Cómo podía haber sido tan grosero, tan duro con ella?

Aquella chica necesitaba un beso…

Capítulo 2

A ZOE le estaba costando trabajo mantener la calma. Hubiera querido ponerse a dar saltos… Estaba tan contenta que se sentía a punto de explotar.

Se le había puesto cara de tonta, pero daba igual.

Miraba con un brillo de amor en los ojos a su flamante marido, que en ese momento ayudaba a su padre a bajar los escalones que llevaban al jardín, donde se estaba celebrando el banquete.

Su metro ochenta y siete de estatura envuelto en un elegante traje gris, el pelo oscuro brillante bajo el sol de junio. Estaba espectacular. El corazón de Zoe daba saltos bajo la chaqueta de seda beige mientras admiraba su aristocrático perfil.

¡Era un hombre maravilloso… y era suyo!

No quería pensar que aquel matrimonio era sólo de conveniencia, que estaba limitado en el tiempo. Javier no lo sabía aún, pobre, pero ella pensaba convencerlo para que el matrimonio no se anulase. Nunca.

El beso la hizo cambiar de opinión a la velocidad del rayo. Cierto, él se apartó inmediatamente, pero durante unos segundos la había besado con una pasión que no pudo disimular. Y fue entonces cuando Zoe decidió que aquél sería un matrimonio de verdad, que Javier podía ser su marido, que tendrían hijos.

Durante las tres semanas que habían pasado desde que aceptó su poco halagadora propuesta con un menos halagador: «Si vas a dejarme en paz durante estos dos años, quizá no sería tan mala idea casarme contigo», se sintió tentada muchas veces de instigar otro beso.

Pero sabía que debía ser paciente, esperar el momento

adecuado. Porque si Javier descubría lo que sentía por él, seguramente saldría corriendo.

–Ven conmigo, nuera –le dijo Isabel, elegantísima con un traje de seda azul y pamela a juego–. Estoy tan contenta de que mi hijo haya seguido mi consejo de casarse contigo que no pienso protestar por la ceremonia civil. Aunque una boda por la iglesia habría sido tan bonita…

–Te entiendo –dijo Zoe, con los ojos brillantes.

Sentadas a la mesa, su abuela Alice y la señorita Pilkington parecían un par de cuervos. Y los Ramsay, Ethel y Joe, vestidos de domingo, no parecían mucho más alegres.

–Es una pena, la verdad –suspiró Isabel.

–Javier quería una boda discreta. Sólo los parientes más cercanos y los Ramsay, a los que siempre ha tratado como si fueran de la familia.

–¿Y eso es lo que tú querías? –preguntó la madre de Javier–. Podrías haber hecho la boda del año. La mejor sociedad de Londres, el mejor vestido, una orquesta, miradas de envidia, periodistas…

Sin darle a Zoe la oportunidad de decir que se habría casado con Javier en cualquier circunstancia, Isabel bajó la voz:

–Un consejo: en el futuro no dejes que Javier se salga siempre con la suya. Es duro cuando quiere serlo y puede parecer distante, pero tiene un gran corazón. Y tú, querida, te has convertido en una belleza. Usa los dones que te ha otorgado la naturaleza y lo tendrás comiendo de tu mano.

Como Zoe pensaba lo mismo desde el apasionado beso en el estudio, el consejo era innecesario. Pero Isabel había dicho que aconsejó a su hijo que se casara con ella…

Iba a preguntarle por eso cuando Javier se acercó. Si estaba impaciente, no lo demostraba.

–Estamos esperando –dijo, con esa sonrisa que hacía que a Zoe le temblasen las rodillas.

Ella lo tomó del brazo, apretando con los dedos el tenso músculo bajo la chaqueta del traje. Estaban muy cerca, su muslo se rozaba con el de él, su cadera con la de Javier. Pero no pensaba apartarse ni un centímetro. Nadie más que ellos sabía que aquél era un matrimonio de conveniencia, de modo que sería extraño para los

invitados que los novios no se tocasen.

Zoe dejó el ramo de novia sobre el mantel de brocado blanco con el corazón latiendo a toda velocidad. ¿Javier habría sentido la misma excitación, el mismo nerviosismo? Si era así, lo disimulaba muy bien.

Entonces se tocó los pendientes que él le había regalado. Aún era pronto, se dijo.

Alice Rothwell se volvió hacia ella con expresión agria.

–Normalmente, casarse a los diecinueve años sería demasiado pronto, pero en tu caso ha sido una bendición. No podrías estar en mejores manos, Zoe. Has mejorado mucho desde que estás con Javier.

Zoe volvió a sentirse como una niña, aunque ya no lo era. Sin embargo, el tono de su abuela hizo que quisiera disculparse por los dolores de cabeza que debía haber provocado con su comportamiento.

No pudo hacerlo porque Javier levantó su copa para brindar. Su sonrisa era la que se esperaría de un hombre recién casado, pero en sus ojos había una frialdad que casi la asustó.

Pero Zoe no quería dejarse asustar, de modo que comió con apetito y charló con sus compañeros de mesa, decidida a pasarlo bien.

Nunca le había faltado determinación, aunque la hubiera usado mal en el pasado. Y en aquel momento tenía un objetivo muy claro: ganarse el afecto de Javier. Y su amor.

Cuando los camareros sirvieron un salmón en áspic con crema de champán, una cosita peluda con un lazo blanco en la correa saltó sobre las piernas de Zoe.

–¿Cómo ha podido salir? Lo había encerrado en la cocina –suspiró Ethel.

–Deja a ese animal en el suelo, Zoe –la regañó su abuela–. Alguien debería atarlo.

–No hace falta –intervino Javier, al ver la cara de alegría de su flamante esposa–. Boysie es el esclavo de Zoe y merece compartir este día con ella.

Para probarlo, le dio un trocito de salmón, que el animal recibió con inmensa gratitud. Y Javier se encontró pensando que no era tan feo después de todo.

Zoe sonrió. Y esa sonrisa le calentó el corazón.

Había hecho bien casándose con ella. Zoe era maleable como la arcilla y, durante esos dos años, la ayudaría a motivarse, la guiaría para que se labrase un futuro. Y siendo su esposa, los sinvergüenzas se abstendrían de molestar.

El resto del banquete pasó a toda velocidad, o eso le pareció a Zoe. Le encantaba que Javier dijera: «Mi mujer». Sentía que tenía una familia otra vez, que tenía un sitio.

Poco después, su abuela anunció su intención de marcharse. Pero no antes de que uno de los camareros apareciese con un gigantesco y muy poco elegante ramo de rosas rojas. ¿De quién podría ser? Al ver el nombre en la tarjeta, Zoe se dio cuenta de que su objetivo acababa de ponerse en peligro.

Nerviosa, extrajo la tarjetita y se dispuso a leer… Lo que se había temido. Javier se la quitó entonces de las manos:

Enhorabuena, Zoe. ¡Has pillado a un millonario! Sabía que me rechazabas porque no tengo dinero, aunque en otros aspectos no estoy falto… y los dos lo sabemos. Así que cuando te aburras de él, ya sabes dónde encontrarme.

Oliver Sherman

Javier hizo una bola con el ofensivo mensaje y lo tiró al suelo. Después, fulminando a Zoe con la mirada, se levantó educadamente para ayudar a su abuela. Alice se inclinó para darle un beso a su nieta, el primero en toda su vida, antes de tomar el brazo que Javier le ofrecía.

Zoe se sintió desolada. Estaba de nuevo como al principio. Lamentaba haberle dicho que iba a casarse con Ollie porque era mentira. Sólo lo dijo por rabia…

Si volvía a ver a Oliver Sherman lo estrangularía con sus propias manos. Había enviado esa nota por despecho, estaba claro. Como Javier había dicho, su fortuna no era un secreto para nadie y ella sabía que las propuestas de matrimonio de Oliver eran sólo por avaricia. Que hubiese aceptado pagar cenas a cambio de tener un poco de compañía no significaba que fuese una tonta. Sin embargo,

Oliver debía estar convencido de ello.

Despechado porque no había podido conseguir una esposa rica, intentaba vengarse.

–¿Te encuentras bien, querida? –le preguntó Lionel Masters–. Estás muy pálida.

–No, es que… me duele un poco la cabeza –contestó Zoe–. Demasiado champán, probablemente.

¿Cómo podía convencer a Javier de que aquella nota sólo era la venganza de Ollie, que entre ellos nunca hubo nada?

–Javier debería llevarte a una exótica luna de miel –sonrió Lionel–. Debería darte todos los caprichos.

Hablaba como si ella fuese una cría y Javier un anciano. Pero era absurdo; Javier sólo tenía doce años más que ella.

–Los dos somos muy felices aquí.

No podía decirle que una luna de miel no tendría sentido porque Javier estaba decidido a no tocarla. Y aunque hubiese cambiado de opinión durante aquellas semanas, después de leer la nota de Ollie no se acercaría ni a diez metros de ella.

Mientras acompañaba a sus suegros hasta el interior de la casa, por el rabillo del ojo vio a los camareros quitando la mesa y a Ethel librándose del horrible ramo de rosas. Su boda había terminado.

–Lionel y yo descansaremos un rato hasta la cena, así Javier y tú podréis estar solos –dijo Isabel–. Me ha hecho mucha ilusión que Ethel nos haya puesto en la habitación que solíamos usar cuando vivíamos aquí… aunque pensé que ahora sería la vuestra.

–Yo elegí la suite azul cuando vine a vivir a Wakeham –contestó Zoe, molesta por el rumbo que tomaba la conversación–. Que yo sepa, Javier nunca había usado la suite principal. Cuando venía por aquí, dormía en la habitación que hay sobre el despacho.

Después de dejar a sus suegros fue a buscar a Javier, pero no lo encontró. Miró en todas las habitaciones del piso de abajo, seguida fielmente por Boysie y Ginger, el gato, pero no estaba en ninguna parte.

¿Se habría ido a dar una vuelta, irritado al creer que estaba casado con una chica ligera de cascos, una chica que, cuando se aburriese de su marido, volvería a buscar a su amante?

Javier era de naturaleza orgullosa y se sentiría herido, naturalmente. Y ella no había dado precisamente la imagen de una

chica que se queda en casa bordando mientras espera al amor de su vida.

Pero seguramente le daría igual, pensó, mientras subía a su habitación para cambiarse de ropa. Se había casado con ella sólo por sentido del deber; lo que hiciera o dejase de hacer no era asunto suyo. Javier se había casado con ella porque pensó que empezaba a comportarse como una loca y la nota de Ollie simplemente confirmó sus sospechas.

Y, conociéndolo, seguramente la metería en un convento.

Los últimos rayos del sol iluminaban la casa cuando Javier metió el Jaguar en el garaje, al lado del Lotus. Entonces, más calmado, recordó lo que había pasado durante el banquete.

Sherman no volvería a ponerse en contacto con Zoe.

Había llamado a casa de sus padres y Mónica Sherman contestó al teléfono:

–Oliver ha salido. Creo que ha ido a una nueva discoteca que han abierto a las afueras de Gloucester y seguramente volverá muy tarde. Ya sabe cómo son los chicos. ¿Quiere dejarle un mensaje?

Ningún mensaje. Y a los veintiún años, Oliver Sherman ya no era ningún «chico».

Javier encontró la discoteca sin dificultad. Era nueva, pero el escenario era tediosamente predecible: abarrotada, oscura, ruidosa y llena de humo. Encontró a Sherman apoyado en la barra, mirando a una rubia con un vestido que era apenas más largo que un chaleco.

–No te acerques a mi mujer –le dijo con los dientes apretados–. Si sabes lo que es bueno para ti no la mirarás aunque pase por tu lado.

Picado, Sherman iba a replicar, pero Javier lo fulminó con un gesto de desprecio.

–¿Me has entendido?

–Claro que sí. Pero cuando tengas tu primer hijo, hazle las pruebas de ADN. Zoe no es una monja precisamente –dijo Sherman por fin, muy gallito.

Javier levantó la mano y le dio una sonora bofetada.

Simplemente eso, no se molestó en hacer más.

Oliver se tapó la cara con las manos, como un cobarde que está a punto de llamar a su mamá.

Javier se dio la vuelta y entró en el coche, intentando controlarse. Él no era un hombre violento; de hecho, jamás había golpeado a nadie. En lugar de darle una bofetada, debería haberle dicho lo que pensaba de él y habría sido igualmente efectivo.

Por supuesto, no le diría nada a Zoe. Ni sobre la bofetada ni sobre lo que Oliver dijo. Si se había acostado con ese imbécil, su decisión de casarse con ella fue lo más acertado.

Entonces, ¿por qué se sentía vacío, tan raro? Era como si estuviese alargando la mano para encontrar algo que diera sentido a su vida, sin saber lo que era, sabiendo sólo que lo necesitaba desesperadamente.

Pensando que ese cambio de humor se debía exclusivamente a la rabia de su encuentro con Sherman, fue a buscar a su familia al invernadero, donde estarían cenando.

Se quedó parado en la puerta, con el estómago encogido. Zoe se había puesto un vestido sin mangas de color marfil, con una abertura a un lado que dejaba ver sus largas y elegantes piernas.

La luz de la lámpara iluminaba su delicado perfil y a Javier se le hizo un nudo en el estómago. Pensar en ese imbécil de Sherman tocándola, acostándose con ella, lo ponía literalmente enfermo.

Sherman había dejado caer, además, que no era el único. ¿Cuántos habrían disfrutado de su cuerpo? ¿Estaría enganchada al sexo? Eso era algo que ocurría a menudo entre los adolescentes.

El recuerdo del beso que compartieron en el estudio, un beso que empezó siendo un simple gesto de consuelo y que pronto se convirtió en una caricia apasionada que no pudo controlar…

Como si lo hubiera intuido, Zoe se volvió en ese momento con una sonrisa en los labios. Javier bajó la mirada y se fijó en la curva de sus pechos bajo el vestido. Y entonces supo que tenía que hacerla suya, que quería recibir lo que le había dado a otros… si Sherman decía la verdad.

–¿Dónde estabas? –le preguntó su padre, con tono acusador–. ¡Has dejado sola a tu esposa!

–Tenía que solucionar un problema –contestó Javier, tomando a Zoe del brazo.

Su perfume hizo que le diera vueltas la cabeza. El calor de su cuerpo lo mareaba.

La deseaba. Y, seguramente, Zoe lo deseaba también.

Estaba allí, en sus brillantes ojos dorados, en el pulso que latía rápidamente, en el color de sus mejillas, en los pezones erectos bajo el vestido.

De repente, Javier la tomó en brazos y el gesto despertó un gemido de sorpresa.

–Perdonadnos, pero mi esposa y yo queremos estar solos.

Capítulo 3

JAVIER no había puesto los pies en la suite azul desde que Zoe decidió usarla como habitación cuando llegó a Wakeham. Iluminada por dos lamparitas, era como un santuario. Limpio, sin ropa tirada por todas partes o pósteres en las paredes, como había esperado. No, era una habitación muy femenina pintada de azul, con una cama con cabecero de bronce y un edredón de color gris perla.

Javier tuvo que apretar los dientes al imaginar a Zoe desnuda sobre esa cama. Deseándolo, invitándolo…

Que lo deseaba estaba claro. En cuanto la tomó en brazos, ella le echó los suyos al cuello y apoyó la cara en su hombro mientras subía por la escalera.

Podía sentir los frenéticos latidos de su corazón bajo la mano izquierda, la suave piel del muslo bajo la derecha. Sus labios estaban a unos centímetros de los suyos…

Tuvo que cerrar los ojos para contener el instinto primario de tumbarla sobre la cama, quitarle la ropa y dejar en ella su marca para borrar la de otros hombres.

Era una tortura.

Javier abrió los ojos al sentir el roce de sus pechos en el torso, como una descarada invitación. Una invitación que iba a resultarle muy difícil rechazar… hasta que vio por el rabillo del ojo el ramo de rosas de su amante en el saloncito contiguo.

Su comportamiento lo asemejaba a Sherman, pensó, disgustado consigo mismo; un hombre que toma lo que quiere sin pensar en las consecuencias. Zoe actuaba como una mujer, pero en realidad no era más que una niña.

Dejándola en el suelo, se alejó de ella, furioso consigo mismo por comportarse como un animal.

Sólo era una niña, se repitió.

El hecho de que hubiese aceptado aquel matrimonio sin protestar lo probaba. Nada de discusión adulta, ninguna estipulación sensata por su parte. Como si para ella llevar una alianza fuera sólo una experiencia más. Y él había estado a punto de rendirse y convertir aquello en un matrimonio real… ¡debía estar loco!

Javier se acercó a la puerta que comunicaba con el saloncito. Allí, frente al sofá de terciopelo azul, sobre la mesa de mármol estaba el odioso ramo de flores. ¿Lo habría arreglado ella misma? ¿Habría recordado al hacerlo cuánto se divirtió con su amante? ¿Privada de amor durante tantos años, habría aceptado el sexo como un sustituto?

¿Un hombre razonable podría satisfacerla? Al recordar el escalofrío de deseo que hubo entre ellos cuando sus ojos se encontraron en el invernadero, supo la respuesta a esa pregunta.

Y, lleno de rabia, tiró el ramo de rosas por la ventana.

Al ver a Javier tirando el ramo de rosas, que Ethel debía haber colocado allí, Zoe sintió el peso del rechazo sobre sus hombros.

Había estado tan segura de que la deseaba, de que había cambiado de opinión sobre su matrimonio… cuando la llevaba en brazos por la escalera era imposible disimular la tensión sexual que había entre ellos. Y se sintió más feliz que nunca, creyendo que el deseo daría paso al amor.

Esperaba que Javier hubiera sido suficientemente listo como para entender que el mensaje de Ollie no era más que un intento de crear problemas entre los dos. Pero sólo con ver las malditas flores se apartaba, como si ella estuviese contaminada.

La violencia del gesto había desaparecido cuando se volvió, pasándose tranquilamente una mano por el pelo.

–Olían demasiado. Si tenían algún valor sentimental para ti, lo siento.

A Zoe se le encogió el estómago. Si pensaba que esas flores tenían algún valor para ella, estaba muy equivocado. Eran tan poco importantes que ni siquiera se molestó en comentarlo.

–¿Dónde vas a dormir?

–En el sofá, claro.

–¿Por qué no duermes en tu habitación? Ese sofá es incomodísimo.

«Pórtate como si no hubieras esperado compartir la cama con él», se dijo. «Pórtate como si no lo desearas con todo tu corazón, con toda tu alma».

Zoe intentaba sonreír, pero no podía.

Javier empezó a desabrocharse la camisa.

–Mi madre se levanta temprano –dijo, con aparente frialdad.

Los ojos dorados se habían llenado de lágrimas. ¿Ese ramo significaba tanto para ella? ¿Estaría enamorada de Sherman?

–Sigo pensando que podrías dormir en tu habitación –dijo Zoe, sin mirarlo.

–Mi madre es incorregible. Ya lo verás cuando la conozcas un poco mejor. Su mayor deseo es tener nietos y si descubre que dormimos en habitaciones separadas... Lo mejor será hacerle creer que el nuestro es un matrimonio normal.

Javier tiró la camisa sobre el respaldo de una silla y a Zoe se le quedó la boca seca. Enfrentada con un metro ochenta y siete de perfección masculina, piel bronceada, abdominales y pectorales marcados, era casi imposible disimular.

Pero no podía tocarlo. Ya lo hizo una vez y acabó avergonzada. Además, el deseo que creía haber visto en sus ojos fue un espejismo. A Javier sólo le importaba lo que pensaran sus padres.

Debía esconder sus sentimientos a toda costa, se dijo. Sería difícil, pero debía intentarlo. Tenía una oportunidad con aquel matrimonio, quizá pequeña, pero debía ir despacio, medir sus pasos.

Apartando la mirada, Zoe se acercó al armario. La incomodidad de dormir en el sofá no era nada comparado con la tortura que ella iba a sufrir teniéndolo tan cerca.

Javier se dio cuenta de que estaba pálida. ¿Tanto le importaba Sherman? ¿Estaría dispuesta a engañarlo con él cuando se diese la vuelta? ¿Tan enganchada al sexo estaba?

–¿Te has acostado con Sherman? –preguntó, sin poder evitarlo. Tenía que saber–. ¿Vas a aceptar su invitación?

Aquella pregunta la pilló tan de sorpresa que Zoe no supo cómo reaccionar. Evidentemente, había creído el mensaje de Oliver. Y eso

le dolía, le dolía mucho.

Sacando una camiseta de las que usaba para dormir, se volvió, intentando fingir una serenidad que no sentía. Le hubiera gustado abofetearlo, pero no pensaba hacerlo.

–Eso es asunto mío. Yo no te pregunto si te acuestas con Glenda o con Sophie.

Negándose a permitir que viera el dolor que había en sus ojos, Zoe entró en el cuarto de baño y cerró de un portazo.

Javier arrugó el ceño, furioso. ¿Estaba criticando su estilo de vida? ¿Quién se creía que era?

Pero su respuesta había dado en el clavo, tuvo que reconocer. En lugar de ir con ella de vacaciones, siempre la había enviado con su acompañante de turno… Menudo ejemplo.

Llevaba casi un año sin salir con nadie, aunque eso no era lo importante. Lo importante era que Zoe evitaba responder a sus preguntas.

Y eso significaba sólo una cosa: que Oliver Sherman no había mentido.

Furioso, se acercó a la ventana, esperando que Zoe saliera del baño.

Iba a ser duro hacer que volviera al camino recto, asegurarse de que no arruinaba su vida.

Pero tenía que intentarlo.

Lo intentó, pero no podía dormir, de modo que estuvo parte de la noche en el despacho. Cansado, Javier se pasó una mano por el mentón y apagó el ordenador. Había amanecido y el delicioso aroma a café recién hecho llegaba desde la cocina.

Cuando se acercó a la ventana para mirar el jardín, su corazón dio un vuelco: Zoe. Jugando con Boysie. Riendo, tirándole la pelota, con el pelo como una cascada dorada cayendo por su espalda. Descalza, con unos pantalones muy cortos, una camiseta que se pegaba a sus pechos perfectos…

Era como un animal joven, fresco después del sueño. Una niña a punto de ser mujer… que ya conocía su propia sexualidad.

Javier se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Y que necesitaba a alguien que la guiase. ¿Por qué había

aceptado una responsabilidad así?, se preguntó.

La respuesta llegó cuando Zoe tomó al perrillo en brazos y empezó a darle besos.

Porque le importaba. Le importaba de verdad.

Pensativo, Javier se volvió para subir a su habitación.

No había nada ni remotamente infantil en la Zoe que bajó a desayunar media hora después. El vestido de lino beige sin mangas era sencillo y elegante a la vez, perfecto para un desayuno en el campo con sus suegros. Su precioso pelo rubio estaba sujeto en un moño, destacando la perfección de su perfil.

A Javier se le hizo un nudo en la garganta. Serena, elegante… y terriblemente sexy.

No quería mirar la curva de sus labios mientras tomaba el zumo de naranja, pero lo hizo. Los ojos dorados, rodeados de larguísimas pestañas se movían cómodamente de unos a otros, como si llevara haciendo aquello toda la vida, como si fuera la perfecta anfitriona.

Javier esperaba que lo mirase, pero no lo hizo y se maldijo a sí mismo por idiota, por perder el control cuando, supuestamente, el adulto era él.

Incluso sonrió enigmáticamente cuando su madre le preguntó si había dormido bien. Javier esperaba que se sintiera incómoda, que se pusiera colorada, pero no fue así.

Su mujer empezaba a sorprenderlo, tuvo que reconocer.

–Siento mucho que Lionel y yo tengamos que marcharnos –suspiró Isabel–. Pero supongo que estaréis deseando perdernos de vista.

–Mamá…

–Tienes que llevar a Zoe a España a visitarnos, Javier. Seguro que el negocio sobrevivirá sin ti aunque estés fuera unos cuantos días.

Javier sonrió, como si estuviera completamente relajado.

–Yo prefiero hacer mis propios planes, mamá. Tú lo sabes.

Y sus planes para Zoe no tenían nada que ver con días largos y noches perfumadas de azahar. Prefería evitar la tentación.

–¿Necesitáis ayuda con las maletas?

Dos horas más tarde estaban en la puerta, la arquetípica

parejita, despidiendo a los Maners. Cuando el coche desapareció por la carretera, Zoe supo lo que iba a pasar.

Javier apartó el brazo con el que rodeaba sus hombros como dando fin a la charada. Estaban solos, ¿para qué seguir fingiendo?

Aunque sabía que los gestos cariñosos eran sólo para engañar a sus padres, ella disfrutaba de cada roce, de cada sonrisa. Pero Javier no debía saberlo nunca. Él la creía una niña mimada, una cría caprichosa, y tenía que demostrarle que no lo era.

–Siento que tus padres se hayan ido. Son encantadores. Pero al menos ahora no tendremos que disimular. Supongo que eso será un alivio para ti.

Javier decidió no contestar.

–Hace un día precioso. Voy a dar un paseo –dijo ella entonces.

¿En dirección a la casa de Sherman? De eso nada, pensó Javier.

–Tienes que hacer la maleta. Nos vamos a Londres a mediodía.

Aquella vez Zoe lo miró a los ojos. Londres era un sitio extraño para ella, no conocía a nadie.

–¿Y Boysie? No puedo dejarlo aquí. Me echaría mucho de menos y…

–Zoe, por favor.

–Lo encontré abandonado y el pobre pensaría que lo han abandonado otra vez. ¿Por qué no podemos quedarnos aquí?

¿Una excusa para ver a su amante?, se preguntó Javier.

–A Boysie no le pasará nada. Tiene mucho jardín para correr –contestó, irritado consigo mismo por algo que parecía un absurdo ataque de celos. Él no había tenido celos en toda su vida. Nunca, de nadie–. No creo que a Ethel se le olvide darle de comer y tampoco que Joe lo eche a patadas de aquí.

El sarcasmo la irritó. Aunque era cierto, tanto Ethel como Joe estaban muy encariñados con Boysie. No querer dejarlo allí era sólo una excusa.

–Tengo que trabajar, Zoe.

¿Era una indirecta? ¿Pensaba que ella era un parásito de la sociedad porque no tenía trabajo? Pues estaba muy equivocado.

–¿No puedes hacerlo desde aquí? Tienes Internet y…

–Podría hacerlo –concedió Javier–. Pero no olvides que los Ramsay fueron contratados por mis padres. Y son muy leales. Como

habrás visto, siempre se les ha tratado como si fueran de la familia. Mi madre llamará todos los días para interrogar a Ethel… ¡y yo no pienso dormir en ese sofá durante dos años!

Zoe apretó los labios. A la luz del sol, su pelo era de color champán.

–Ya veo.

–Haz las maletas –dijo Javier–. Si así te sientes mejor, vendremos a visitar a Boysie todos los domingos. Supongo que puedo soportar el sofá una vez a la semana.

De ese modo se aseguraría de que Zoe no veía a Sherman.

Usaba el tono de un hombre que habla con una niña, pensó Zoe. Le ofrecía un premio, como cuando era pequeña y le prometía ir a esquiar si sacaba buenas notas… Y era culpa suya. No debería haber puesto objeciones. Era lógico que Javier quisiera ir a Londres, donde tenía la oficina.

–Tienes razón. Sería difícil esconder esta situación a los ojos de Ethel y nosotros nos volveríamos locos –dijo, con una sonrisa–. Voy a hacer las maletas.

El apartamento de Londres no había cambiado. Estaba como ella lo recordaba, aunque sólo había estado allí una vez, antes de ir a España. Zoe había memorizado cada detalle porque quería saberlo todo sobre la vida de Javier.

La tarjeta electrónica que activaba el ascensor los llevó directamente al vestíbulo: el mismo suelo de mármol, el mismo sofá italiano y la misma puerta de caoba que llevaba al salón, con una pared enteramente de cristal, que ofrecía una maravillosa panorámica de la ciudad. Muy pocos muebles, todos elegantes y caros, clásicos. Aquel apartamento necesitaba un toque femenino, pensó Zoe, como había pensado entonces. Flores, fotografías familiares y cuadros para romper la severidad del ambiente.

¿Iba a ser ésa su casa durante los próximos dos años?

Una casa estéril, para hacer juego con su matrimonio.

Después de pensarlo, se regañó a sí misma por blanda. En dos años tendría tiempo más que suficiente para hacer que Javier se enamorase de ella.

–Supongo que usaré la habitación de invitados. No te molestes, conozco el camino.

Lo había dicho sin mirarlo. Era demasiado peligroso mirar a su marido; su guapísimo marido, que la ponía nerviosa con un simple roce. Una vez cometió el error de decirle que lo quería y seguramente él seguiría pensando que era una tontería de adolescente. Que siguiera pensándolo.

Pero la miraba de una forma extraña, como si no la conociera.

–Sé por qué te casaste conmigo… para que no hiciese ninguna locura –le dijo–. Y admiro tu sentido de la responsabilidad.

Javier se preguntó si estaba siendo irónica. Seguramente. Zoe podía ser una bruja cuando quería.

–¿Por qué aceptaste?

–Porque era una forma de escapar de una vida vacía y sin sentido –asombrada de no haberse puesto colorada por contar esa mentira, Zoe siguió–. Te has ofrecido para guiarme y yo lo acepto. Pero tenemos que discutir cuál es mi papel en este matrimonio. Esta noche, si no tienes otros planes.

Había un reto en aquellos ojos dorados. ¿Un reto sexual? ¿Iba a decirle que quería un sitio en su cama? Observando el movimiento de sus caderas mientras subía a la habitación, Javier se preguntó si tendría fuerzas para rechazarla.

Zoe empezaba a meterse en su piel… y eso lo ponía muy nervioso. Lo tenía desconcertado. Primero se comportaba con inocencia infantil, para después enfadarse porque la alejaba de su amante. Y luego actuaba como una mujer adulta, irónica incluso.

Pero nadie iba a decirle lo que tenía que hacer. Podían hablar de aquello cuando quisiera. Y si Zoe quería que aquel matrimonio fuese de verdad… aceptaría de inmediato. ¿Por qué no?

Javier subió las escaleras de dos en dos y no se molestó en llamar a la puerta. Entró directamente. Su maleta estaba abierta sobre la cama.

Zoe se volvió, como si lo hubiera estado esperando.

–Soy tu mujer. Sólo quería saber si esperabas que me comportase como tal… me refiero a hacerte la cena, planchar tus camisas y cosas así.

Unos minutos después, mientras cerraba la puerta, Javier no recordaba cuál había sido su respuesta. Ninguna, probablemente.

¿Y por qué la prosaica respuesta de Zoe –lo último que él esperaba oír– hizo que se sintiera tan desilusionado?

Capítulo 4

ZOE entró en el silencioso apartamento, dejó el bolso sobre la mesa de café y subió al dormitorio. Frente a ella, otra tarde deprimente e interminable.

El mes siguiente celebrarían su primer aniversario de boda, aunque «celebrar» no era seguramente la palabra adecuada. ¿Y qué había conseguido?

¡Nada!

De hecho, el milagro de que Javier se enamorase de ella no iba a ocurrir y lo mejor era que empezase a acostumbrarse a la idea.

Lo había intentado, hizo lo que pudo, quiso ser especial para él, ganarse su respeto, su admiración, convertirse en una mujer que él encontrase deseable y a la que pudiera amar.

Después de quitarse el vestido de color amarillo pálido, Zoe se dio una ducha rápida y se puso unos pantalones de algodón y una camisa verde caqui, sin mirarse al espejo porque no quería ver la derrota en su rostro.

Debería prepararse algo de cena, pero no tenía ganas de comer, de modo que se sirvió un vaso de zumo mientras le echaba un vistazo al correo: un par de facturas, una carta para Javier y algo para ella.

Una invitación para la boda de Guy y Jenny. Debían haberla invitado a última hora, porque la ceremonia tendría lugar ese fin de semana. Su boda con Javier la apartó de la circulación, de modo que sus amigos prácticamente se habían olvidado de ella.

La ceremonia tendría lugar en la iglesia de Wakeham, el banquete en el hotel White Boar.

De modo que esos dos habían decidido formalizar su relación…

Increíble.

Pero no iría a la boda. No era ningún secreto que a Javier no le hacían ninguna gracia sus amigos.

Zoe dejó las cartas sobre la encimera de la cocina. Cuando iba a guardar el zumo en la nevera sonó el teléfono.

Javier.

Su corazón dio un vuelco. Siempre llamaba a esa hora cuando estaba fuera, una situación cada vez más frecuente durante los últimos tres meses.

¿Quería comprobar si estaba en casa? ¿Qué si no? Desde luego no llamaba para oír su voz.

–¿Qué tal?

–Bien –contestó Zoe.

Era lo mismo de siempre. La misma conversación, la que mantendría un padre que llama para comprobar cómo está su hija después de un día de colegio.

–¿Qué tal el trabajo?

–Lo de siempre. He tenido la típica reunión del jueves por la tarde –contestó. Javier la había metido en un comité benéfico para ayudar a personas sin techo y Zoe hacía el trabajo con entusiasmo, pero no había entusiasmo en su voz en aquel momento–. Estamos organizando una campaña de recaudación de fondos. Tendrás que convencer a tus amigos para que compren entradas. Y van a costar un ojo de la cara.

Durante los primeros meses de su matrimonio, Javier le había presentado a su círculo de poderosos amigos. Iban a sofisticadas cenas o almuerzos en las que Zoe tenía que charlar de cosas que no le interesaban e incluso escuchar el típico comentario de «lo más lógico es casarse por dinero aunque una también lo tenga, querida».

La habían puesto bajo el microscopio y ella lo soportaba todo para complacer a su marido.

–Pensé que me daría tiempo a volver para ir el domingo a Wakeham.

Podía oír voces de fondo, incluso la risa de una mujer. Estaba con gente. ¿Compañeros de trabajo? ¿Sería esa mujer una compañera habitual?, se preguntó, sintiendo una punzada de celos.

–Pero tengo muchísimo lío, así que tendré que quedarme en

Cannes hasta la semana que viene. ¿Qué vas a hacer esta noche?

Como si le importase. Zoe tragó saliva. Tenía que quedarse en Cannes. Qué pena. Para dar una fiesta en la habitación del hotel, seguramente. Sin duda con alguna rubia guapísima.

Zoe se tragó un comentario sarcástico y, en lugar de contarle la verdad, que iba a quedarse leyendo o viendo la televisión, le dijo:

–Voy a salir con unos amigos. Nos vemos la semana que viene entonces –dijo antes de colgar, con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando sacó el último pañuelo de la caja, decidió que no podía seguir así. Era hora de poner los pies en el suelo y dejar de soñar con algo que era imposible.

Durante los últimos once meses había intentado ser encantadora y madura. No se quejaba nunca, ni siquiera cuando él empezó a ser más distante, cuando empezó a pasar cada vez más tiempo fuera. Dejándola sola.

Y lo echaba tanto de menos que le dolía.

En lugar de llorar, apretaba los dientes y se hacía la fuerte. Se había lanzado de lleno a su trabajo, planeaba veladas benéficas, era amable con sus amigos, memorizaba chistes para él, compraba la ropa clásica y elegante que sabía que le gustaba…

Javier era un hombre muy sexual. Sophie… ¿o había sido Glenda? se jactó de ello durante unas vacaciones. Zoe no quería saberlo y se puso enferma de celos.

¿Habría encontrado una mujer que le proporcionaba satisfacción? Eso explicaría sus ausencias. La mujer cuya risa había oído de fondo, seguramente. Mientras su esposa se quedaba en casa, sola, pura y limpia como el agua.

Pues eso se había terminado. Era hora de volar, de salvarse a sí misma. Javier jamás la vería como una mujer de verdad, una mujer con sangre en las venas. Para él sería siempre una niña, una penosa obligación. Alguien a quien tendría que soportar hasta que cumpliera veintiún años.

Con los ojos brillantes de rebeldía, el estómago contraído por una mezcla de celos y desesperación, Zoe marcó el número de Wakeham.

–Ethel, llegaré mañana por la mañana. ¿Te acuerdas de Guy y Jenny? Pues van a casarse… No, Javier está en Francia, pero yo me quedaré en Wakeham unos días.

Era medianoche, pero la fiesta estaba en todo su esplendor. Sobre todo quedaba la gente joven porque los mayores empezaron a irse un par de horas antes y los novios partieron para su luna de miel después de cenar.

Jenny estaba guapísima con su vestido de novia y la adoración que había en los ojos de Guy era evidente para todos los invitados.

Tan diferente de su propia boda, casi un año antes…

Los ojos de Zoe se llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Pero no quería recordar sus tontos sueños. Era hora de moverse, de seguir viviendo. Y pensaba empezar aquella misma noche.

Lo estaba pasando bien. Claro que sí.

Después de la ceremonia, se quitó el traje de chaqueta que llevaba y se puso un vestido de gasa de color malva con escote halter. Era un vestido delicioso para bailar porque la falda tenía mucho vuelo. Y le parecía estupendo estar de nuevo con sus amigos, a los que llevaba casi un año sin ver.

Lo había pasado bien, pero era hora de volver a casa y pasar los próximos días pensando en su futuro, paseando al perro y tranquilizándose.

Pero cuando dejó su copa sobre la barra, sintió una mano de hierro sujetando su muñeca.

–¿Me estás evitando, Zoe?

Oliver, claro.

Llevaba evitándolo toda la noche, de modo que no pensaba contestar porque la respuesta era obvia.

–Suéltame, por favor.

Él no obedeció. Estaba sudando y parecía borracho. En aquellos doce meses había engordado y su rostro había perdido la gracia juvenil que ella creyó haber visto cuando lo conoció. En cualquier caso, le parecía absurdo echarle la bronca por la notita y el ramo de flores. Todo eso le parecía como de otra vida…

–¿No tienes nada que decirme? ¿No te preguntas que te perdiste al abandonarme?

–Nunca –contestó ella, intentando soltarse.

Nadie parecía darse cuenta de lo que estaba pasando en la barra

porque todo el mundo estaba muy ocupado bailando.

–¿Qué tal si te lo demuestro?

Oliver metió la mano en su escote, una mano grasienta, asquerosa, que le hacía daño.

Zoe levantó la rodilla para golpearlo, pero no le dio tiempo. Oliver la empujó contra la pared y metió una pierna entre las suyas, tocándola por todas partes.

Cuando Zoe estaba a punto de ponerse a gritar, como si fuera un milagro, Oliver salió disparado contra una mesa. Ella cerró los ojos un momento. ¿Alguien la había defendido o se enfrentaba con una amenaza mayor?

¡Javier!

Y estaba furioso.

Alterada, dijo lo primero que se le ocurrió:

–Pensé que no volverías hasta la semana que viene.

–Evidentemente –replicó él con voz ronca.

Oliver había desaparecido.

–Vámonos.

Zoe se dirigió a la puerta. Nunca se había sentido más feliz de ver a alguien en toda su vida y, en cuanto llegaron al vestíbulo, se volvió hacia él.

–Gracias. Voy a subir por mis cosas.

Le había costado decirlo porque todavía le temblaba todo el cuerpo…

–Ahora, no. Vámonos de aquí.

Javier no había estado más furioso en toda su vida. Le habría gustado colocársela sobre las rodillas y darle una buena azotaina. Pero Zoe ya no era una niña. Además, él nunca haría eso.

Una mano en su espalda fue suficiente para guiarla fuera del hotel. ¿Qué demonios estaba pasando allí? ¿Desde cuándo se veían Sherman y su mujer? ¿Desde cuándo se metían mano delante de todo el mundo? ¿Cuánto habrían tardado en irse a la habitación?

–Sube –dijo, abriendo la puerta del Jaguar.

Zoe levantó la mirada y vio la dureza en su expresión, el brillo helado de sus ojos grises. Nunca lo había visto tan enfadado. No era un caballero rescatando a una damisela en apuros, más bien un ángel vengador.

Tembló cuando la brisa acarició su piel, pero decidió no dejarse intimidar.

–He traído mi coche.

El Lotus, aparcado al lado del Jaguar. Javier tenía que haberlo visto.

–Las llaves están en la habitación y voy a subir por ellas. Ya no puedes decirme lo que tengo que hacer, Javier. Esta estúpida farsa de matrimonio ha terminado.

–Pues es una pena que Sherman y tú no hayáis usado la habitación en lugar de meteros mano delante de todo el mundo –replicó Javier–. Sube.

Zoe no quería mantener una discusión en la puerta del hotel, donde cualquiera podría verlos. Por un momento pensó que Javier estaba celoso, pero eso era absurdo. Los últimos once meses le habían demostrado que no tenía el menor interés en ella. Sólo estaba molesto por lo que la gente habría pensado, nada más. No quería ser un cornudo.

Sin decir una palabra, Zoe entró en el Jaguar, tembló al oír el portazo y odió a Javier porque, a pesar de todo, tenía la capacidad de hacerle daño.

–¿Por qué has vuelto de Cannes antes de lo previsto? –le preguntó.

–Porque ayer me dijiste que ibas a salir con unos amigos –contestó él–. Y supuse qué amigos eran.

Recordar esa mentira no la hizo sentir culpable. Al contrario.

–Tú puedes hacer lo que te dé la gana, ir donde quieras, salir con quien te apetece, pero yo tengo que quedarme en casa viendo la televisión, ¿es eso?

–¡Crece de una vez, Zoe! –replicó Javier, pisando el acelerador.

–Ya he crecido –dijo ella, con los dientes apretados–. Y a partir de ahora, soy dueña de mi propia vida. No soy una niña y no te permito que me trates como si lo fuera.

Zoe no quería que todo terminase así. No quería que Javier fuera su enemigo. Quería contarle su decisión de dar por terminado el matrimonio antes de la fecha prevista, explicarle que no tenía que preocuparse por ella y darle las gracias. Pero lo que había pasado esa noche dio al traste con sus planes.

El silencio y la tensión que veía en sus facciones le hizo recordar

los momentos en los que había creído que Javier tenía una paciencia infinita.

Cuando la enseñó a conducir, por ejemplo. Además de las lecciones con un profesor, Javier sacaba tiempo los fines de semana para acompañarla. Y nunca perdía la paciencia. Pasó horas con ella enseñándola a aparcar, la maniobra que le resultaba más difícil.

Para celebrar que había aprobado el examen al primer intento, le compró un coche que, según él, era más sensato que el Lotus.

Pensando en esos tiempos más felices, y seguramente más inocentes, cuando esperaba que su matrimonio acabara siendo una realidad, sintió ganas de llorar.

De modo que cuando llegaron a casa tuvo que hacerse la fuerte. No iba a llorar delante de él, se dijo. Sin decir nada, esperó apoyada en el coche hasta que él abrió la puerta. Estaba temblando, pero de rabia. ¿Cómo podía pensar Javier que iba a acostarse con Oliver?

¿Por qué había sacado esa sórdida conclusión sin preguntarle siquiera? Su opinión sobre ella debía ser terrible, mucho peor de lo que ella creía.

¿Siempre había pensado que era una frívola, una mujer ligera de cascos?

Zoe entró en la casa con la cabeza bien alta. Podría haberle dicho que se equivocaba, que era un canalla por pensar que iba a acostarse con Oliver Sherman. Pero si abría la boca acabaría diciendo la patética verdad: que nunca se había acostado ni con Oliver ni con ningún otro hombre, que sólo lo quería a él, que siempre lo había querido.

Cuando la vio subir por la escalera, Javier apretó los puños. Ese vestido era una provocación. El escote era tremendo y marcaba claramente su delgada cintura, sus caderas…

¿Lo habría comprado especialmente para Sherman? ¿Cuántas veces, durante su ausencia, se habría visto con él? No debería haberla dejado sola. De nuevo, había resuelto sus problemas alejándose. Aquella vez no para enfriar el ardor de Zoe, sino el suyo propio.

Furioso, subió las escaleras de dos en dos. Al demonio con todo; esa solución había salido de sus pragmáticos genes ingleses. Ahora iba a hacer las cosas a la española; iba a enfrentarse con Zoe, iba a soltar todo lo que tenía guardado.

La habitación estaba vacía. Sólo el aroma de su perfume y el sonido de la ducha. Con las manos en los bolsillos, Javier paseó por el cuarto, esperando, apretando los dientes hasta que casi le dolieron las mandíbulas.

Cuando le dijo que iba a salir con sus amigos saltaron todas las alarmas. Por eso volvió a Londres. Y allí encontró la invitación para la boda. Además, el Lotus no estaba en el garaje.

Debería haber sabido que le estaba engañando, que esa nueva personalidad suya, tan elegante, tan sobria, no era más que una fachada.

La habitación azul, la cama adornada con el edredón de color perla parecían reírse de él. Zoe era una mujer joven y tenía los mismos deseos sexuales que cualquiera. Unos deseos sexuales frustrados. A pesar de su trabajo, y Javier debía admitir que lo hacía con entusiasmo y dedicación, se aburría estando casada con él y por eso había aceptado la invitación de su ex amante.

¡Pero era su mujer!, pensó, indignado.

En ese momento Zoe salió del baño… tenía el pelo mojado y gotas de agua resbalaban por sus hombros. Iba cubierta con una toalla diminuta.

Al verlo se sobresaltó y Javier no pudo evitar fijarse en sus pechos, que asomaban por encima de la toalla.

Al pensar que Sherman había disfrutado de aquel precioso cuerpo hizo que lo viera todo rojo. Sherman había entrado en aquel paraíso mientras él se comportaba como el perfecto caballero. Qué idiota había sido, qué ingenuo.

–¡Me has deshonrado! –exclamó, como habría hecho un hidalgo español de otro siglo–. Mi mujer me ha convertido en un cornudo. ¿Siempre eres tan indiscreta? ¿O estabais los dos demasiado borrachos como para daros cuenta?

Zoe lo fulminó con la mirada. ¿Cómo se atrevía a decirle eso?

Y lo que más le dolía era que toda aquella furia era provocada por su supuesta falta de discreción. Nada más.

Conteniendo el impulso de abofetearlo, apretó la toalla con las dos manos.

–Si eso es lo que piensas de mí, te alegrará saber que no voy a deshonrarte más. Podemos pedir la anulación cuando quieras. Además, yo nunca he sido tu mujer.

Los ojos oscuros de Javier chocaron contra los suyos. A pesar de todo, seguía encontrándolo increíblemente atractivo. Y tembló al sentir la fría mirada del hombre recorriéndola de arriba abajo. Cuando Javier dio un paso adelante, las piernas estuvieron a punto de fallarle.

No la tocaba, pero el calor de su cuerpo, la tensión que emitía despertó un incendio en su interior. Debería pedirle que se fuera, exigírselo, pero no le salían las palabras.

–Como tú has dicho, nunca has sido mi mujer. No te he tocado, aunque he tenido la tentación de hacerlo muchas veces –dijo con voz ronca–. Me decía a mí mismo que eras demasiado joven como para saber lo que querías, pero ya no eres una niña.

Zoe tragó saliva convulsivamente. Pensaba que él era totalmente indiferente…

–Si querías sexo, deberías habérmelo dicho. No me habría importado –siguió Javier–. No había razón para que le ofrecieras tu cuerpo a otro hombre.

Ella abrió los labios.

–Yo no…

–¿Quieres sexo? Dímelo.

Javier alargó una mano para tocar su pelo y Zoe tembló violentamente. El aroma de su colonia era como un afrodisíaco.

–Contéstame.

–Así no –dijo ella por fin–. No… cuando me odias.

–No te odio, Zoe. Odio el pecado, pero no al pecador –murmuró Javier, tomándola por los hombros–. Dime que no te toque y no te tocaré.

Zoe buscó aire. ¿Cuántas veces había soñado con ese momento? Miles. Durante años. Pero Javier estaba convencido de que ella era poco más que una prostituta. Debería echarlo a patadas, pero no podía hacerlo.

–¿No? –siguió él, sin dejar de acariciarla.

Meses atrás se había dado cuenta de lo nervioso que Zoe lo ponía. Cada día más. Por eso se alejó, para evitar la tentación. Se decía a sí mismo que el sexo no era parte del trato, que era muy inmadura, que se estaría aprovechando de ella…

Pero las cosas eran diferentes ahora. Sus sospechas sobre la promiscuidad de Zoe estaban prácticamente confirmadas. Eso

debería hacer que le diera la espalda, pero no era capaz.

Quería poseerla, hacer que olvidase a cualquier otro hombre… ¡Era su mujer!

Decidido, alargó la mano para acariciar sus pechos por encima de la toalla. Pero si ella le decía que la soltase lo haría.

Inmediatamente.

Saldría de su cuarto y pediría la anulación por la mañana.

Su piel era como el más suave satén. Sus pechos se hinchaban al contacto de sus dedos, haciendo que perdiera la cabeza.

–¿Aún no? –repitió, su voz preñada de deseo.

Zoe emitió una especie de gemido. No sabía qué pensar, no sabía qué hacer. Javier la deseaba y eso la encendía.

La toalla cayó al suelo. Otro paso adelante, otra vuelta de tuerca. Sintió un escalofrío, pero Javier estaba tan cerca que le transmitía su calor. ¿Cuántas veces había fantaseado con estar desnuda a su lado? Tantas… Pero nunca imaginó que sería tan excitante, tan abrumador.

Javier levantó su cara con un dedo. Tenía los ojos brillantes, los labios húmedos, la punta de los rosados pezones rozaba su camisa. Le dolía todo el cuerpo de deseo y no sabía durante cuánto tiempo podría controlarse. Pero la decisión tenía que ser de Zoe.

–¿Quieres que pare? Dímelo.

Capítulo 5

ZOE temblaba de deseo y él… también. Podía sentirlo. Había ocurrido un milagro. Javier la veía como una mujer, no como una niña necesitada de cariño o una adolescente. Y la deseaba.

Si añadía la palabra amor a la ecuación, no había forma de echarse atrás. Llevaba tanto tiempo soñando con aquel momento…

¿Importaba lo que pensara de ella? ¿No era su amor por él lo más importante de todo?

Zoe empujó su cabeza hacia abajo para darle la respuesta con sus labios. Lo amaba con locura y, unos segundos después, Javier no pudo resistirse.

La besaba con pasión, buscando su boca con energía, dejándola sin aire, jugando con su lengua y acariciando con las dos manos su cuerpo desnudo.

Lo sintió temblar cuando se puso de puntillas para apretarse más contra él. Los latidos de su corazón se aceleraron mientras la irresistible fuerza de su deseo se intensificaba.

Zoe, provocativa, estaba dándole la vuelta a la situación. Lo había hecho olvidar su autoestima, el respeto por sí mismo, como si no tuviera ninguna importancia. No tenía más control sobre sí mismo que un adolescente.

Lo provocaba con sus labios, rozándose contra él, jugando con su pelo, desabrochando su camisa con manos temblorosas.

Todo parecía estar ocurriendo a cámara lenta, cada átomo de su ser concentrado en lo que estaba pasando, en la humedad de su boca, en su olor. En un momento, aquellos pechos perfectos estarían tocando su piel.

Javier estaba sudando, temblando de deseo. De lujuria. Saber lo

que era debería haber provocado darle la espalda.

Era una bruja. Tenía que serlo.

Estaba embrujado. Y contento.

Zoe tiró de la camisa para sacarla del pantalón y él se quedó sin aire.

Le estaba ofreciendo lo que tanto había deseado durante aquellos largos y tortuosos meses. Y lo que ocurrió aquella noche había hecho que tirase el honor por la ventana.

Oyó su gemido de satisfacción cuando los pezones rozaron su torso y la levantó en brazos para tumbarla sobre el falsamente virginal edredón.

Era su mujer. Zoe era su mujer, se decía a sí mismo.

Ella se dejaba hacer. Sus preciosos ojos dorados brillaban de pasión, invitándolo, haciéndole perder la cabeza. Ávida de lo que él podía darle, lo necesitaba más que nada en el mundo.

Estar con ella era como estar en el paraíso. Su pelo extendido sobre la almohada, sus labios entreabiertos… Por impulso, Javier inclinó la cabeza para chupar uno de los pezones y luego el otro. Zoe arqueaba la espalda, buscándolo, ofreciéndose.

Entonces dio un paso atrás. Para él fue un esfuerzo sobrehumano. Quería poseer a su mujer, quería hacerlo de inmediato. Pero no quería dejar que ella lo volviese loco. Javier se quitó la ropa lentamente, mirándola a los ojos.

Ojos de sirena.

El aire era caliente, lleno de sexo, la tensión más fuerte que nunca.

Desnudo, se tumbó a su lado. Ella se volvió, enredando los dedos en su pelo, buscándolo como la experimentada libertina que era.

Javier sujetó sus brazos y los levantó sobre su cabeza con una sola mano. Con la otra empezó a acariciar sus pechos, torturándola, subiendo y bajando por su estómago. Ella levantaba las caderas, su respiración estaba descontrolada, invitándolo en una abierta seducción.

Javier sonrió.

–Paciencia. Yo no tengo prisa, cariño. He esperado mucho tiempo y pienso saborear cada segundo…

La rosada luz del amanecer entraba a través de las persianas. El canto de los pájaros la despertó y Zoe tuvo que sonreír. Alargó una mano para tocar la espalda de su marido, pero la apartó. Después de lo de la noche anterior, Javier necesitaba descansar.

La noche anterior. Si no le doliera todo el cuerpo… sobre todo zonas poco acostumbradas, pensaría que había sido un sueño, una preciosa fantasía.

Pero no fue un sueño. Había sido real y mucho mejor de lo que nunca hubiera imaginado.

Zoe sintió un escalofrío al recordar el momento en que, por primera vez, Javier abrió sus piernas y se deslizó dentro con tal fuerza que ella no pudo disimular un gemido de dolor.

Javier se quedó muy quieto.

–Zoe, eres…

–Yo…

–No digas nada –la interrumpió él. Fue una orden llena de pánico.

Como no pensaba dejar que volviera a ponerse en plan protector, Zoe lo envolvió con sus piernas, haciéndole saber que quería dárselo todo. Todo lo que era, todo lo que había sido.

Y él también le dio. Le dio el cielo y la tierra.

Javier se movió un poco y Zoe, sonriendo, alargó la mano para acariciar su espalda.

Él se quedó quieto, como si no respirase siquiera. Luego se volvió y, al ver esos ojos dorados, su corazón empezó a latir como loco.

–Zoe… –murmuró, acariciando su cara. Ella sonrió, enredándolo entre sus piernas.

Era suya.

Y Javier se sintió culpable.

Suspirando, tomó las manos de Zoe entre las suyas para que no pudiera seguir jugando y las sujetó contra su pecho.

Sabía que debía moverse, romper aquella intimidad. Lo que tenía que decirle borraría la sonrisa de sus labios.

Estaba asqueado consigo mismo.

–Zoe… –repitió, apretando su mano. Zoe apretó las suyas, sus ojos llenos de confianza. Y él no se merecía esa confianza porque estaba a punto de destrozarla–. Ha sido tu primera vez.

Perdóname… yo estaba enfadado… pensé…

–Sé lo que pensaste –lo interrumpió ella, poniendo un dedo sobre sus labios–. Pensabas que me había acostado con Oliver. Y no te culpo –lo absolvió suavemente–. La nota que envió con las flores… y cuando me preguntaste antes de casarnos, yo me negué a contestar.

Sus ojos brillaban, recordando lo furiosa que se puso al saber que Javier pretendía seguir haciendo su vida y que ella, sin embargo, estuviera encerrada como una monja.

–Lo de anoche no fue lo que tú pensabas. Oliver no estuvo en la ceremonia, pero apareció en el banquete. Yo no lo había visto y no tenía ganas de verlo después de esa nota. Pero, de repente, cuando iba a marcharme, se lanzó sobre mí. Estaba borracho como una cuba, es la única excusa que se me ocurre…

–No hay excusa para tal comportamiento –la interrumpió Javier. Ni tampoco había excusa para el suyo–. Tú eras virgen y yo estaba enfado… me aproveché de ti, de modo que no soy mejor que él. Deberías habérmelo dicho.

La sonrisa de Zoe hizo que le diera un vuelco el corazón.

–Podría haberte dicho que fueras suave conmigo… como las vírgenes de las películas. Pero quería que te enterases por ti mismo.

–¡Bruja! –sonrió Javier por fin, cuando ella se echó en sus brazos. Aquella cría, aquella ninfa hacía lo que quería con él.

Aquella mujer. Su mujer.

–Pero esto lo cambia todo –su cuerpo temblaba de deseo, pero su cerebro tomó las riendas mientras saltaba de esa cama que se había convertido en una trampa.

Después de hacer el amor con ella, las reglas que regían su matrimonio no podían ser las mismas.

–¿Qué quieres decir?

–Anoche dijiste que querías la anulación, pero eso ya no puede ser. Y el divorcio está fuera de cuestión.

Zoe lo miró sin entender. Lo decía como si fuera una sentencia de muerte cuando, en realidad, era lo que ella había soñado desde que tenía quince años.

Javier buscó la camisa que había tirado la noche anterior y ella se puso de rodillas sobre la cama para apoyar la cara en su torso.

–Me parece bien –murmuró. Lo quería tanto que sentía como si

estuviera desintegrándose–. Nunca se sabe. Podría estar embarazada –añadió, concentrada en la suavidad de su piel, en el calor que sentía en el centro de su cuerpo…

–¡Embarazada!

Javier se vistió a toda velocidad mientras ella se tumbaba, con el pelo extendido sobre la almohada y esos ojos que parecían llamarlo…

No podía ser. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que Zoe pudiese haber quedado embarazada. Pero no usaron protección. Estaba demasiado ofuscado por el deseo de hacerla suya, de tomar lo que estoicamente se había negado a sí mismo durante todos aquellos meses. Y el dique se había roto por fin.

Estaba de espaldas a ella para que no viese su expresión de angustia y desprecio por sí mismo. Era un irresponsable. ¿Sería la posibilidad de haber quedado embarazada la razón por la que Zoe aceptaba no seguir adelante con la anulación de su matrimonio?

Y si no estaba embarazada, ¿sería ese el final?

Javier no quiso pensar en cuáles serían sus sentimientos ante esa eventualidad.

–Nos veremos durante el desayuno –dijo, con los dientes apretados–. Tenemos que hablar de esto cuando los dos tengamos las cosas más claras… y lejos de la cama.

Su tono, tan seco, la dejó sorprendida y dolida. ¿Por qué? ¿Su comportamiento desinhibido de la noche anterior le habría hecho pensar que era una viciosa, que cualquier hombre podría hacerle lo que él le había hecho?

Zoe miró la puerta que él acababa de cerrar, con lágrimas en los ojos. El premio, ser su esposa, tener hijos con él, parecía escapársele de las manos.

No debería haber mencionado la posibilidad de haber quedado embarazada. Se le ocurrió de repente, porque se sintió loca de felicidad cuando él dijo que el divorcio estaba fuera de cuestión.

Seguramente Javier disfrutó de la cama con ella, pero no estaba enamorado. Y no podría soportar que le declarase su amor.

Javier Maners se tomaba sus responsabilidades muy en serio; era ese tipo de hombre. Y Zoe no quería ser una carga para él porque estaba segura de que nunca podría amarla.

Mientras se duchaba, recordó todo lo que había pasado por la noche, las cosas que se habían dicho… Javier no decía que no al divorcio porque la quisiera en su vida, sino porque quería mantener el acuerdo de seguir juntos hasta que cumpliera los veintiún años.

Dos años. Un año más hasta que pudiera hacerse cargo de su herencia, hasta que demostrase que era lo suficientemente responsable como para no malgastarla.

Sólo eso.

Incluso había admitido sentirse avergonzado por haberse acostado con ella. Y seguramente no volvería a pasar. Volvería a ser distante, frío, impersonal. Y ella no podría soportarlo.

¿Era la última mujer en el mundo a la que Javier elegiría como esposa, como madre de sus hijos? ¿La palabra «embarazada» le habría parecido una trampa?

Zoe intentó hacerse la fuerte cuando bajó a desayunar con unos pantalones cortos, una camisola de color limón y una gran sonrisa.

Javier apartó el periódico en el que no había podido concentrarse y miró a su mujer. Era preciosa; una presencia vital, toda suavidad, toda juventud. Y llevaba brillo en los labios, esos labios que había besado la noche anterior hasta… Nervioso, tuvo que apartar la mirada.

–Come algo –dijo, ofreciéndole una tostada.

Pero Zoe cortó la tostada y se la dio a Boysie.

¿Habría perdido el apetito por la posibilidad de un embarazo no deseado?

De nuevo, Javier se castigó a sí mismo. Se odiaba por haber creído lo que dijo Sherman, por haberse dejado llevar… y por haber olvidado que debía usar protección.

–Tenemos que hablar, Zoe.

Ella se apartó el pelo de la cara, con el típico gesto de rebelión que tantas veces había visto.

Javier parecía lamentar lo que había pasado. Era terrible amar a alguien que no la amaba, era terrible que todas sus esperanzas dependiesen de un hombre.

Pero no pensaba hablarle de sus sentimientos. No pensaba hacerle saber cuánto la hacía sufrir.

Joe entró en ese momento en el comedor.

–Perdón, pero es hora del paseo de Boysie. Normalmente vamos hasta el lago…

–Yo lo llevaré… –empezó a decir Zoe, levantándose. Pero Javier la sujetó por la muñeca.

–Puedes irte, Joe –dijo, impaciente.

Zoe lo miró, intentando controlar las lágrimas. La noche anterior creyó que se habían encontrado el uno al otro, y aquella mañana parecía como si no la conociese de nada.

–Suelo llevarlo yo a dar un paseo… Eso cuando venimos a Wakeham, claro. Cuando no estás ocupado en otros asuntos –le dijo, en un tono petulante e infantil. Pero tenía que decir algo para explicar las lágrimas que, sin poder evitarlo, habían asomado a sus ojos.

Javier arrugó el ceño. A juzgar por su reacción, Zoe seguía siendo una niña necesitada de cariño.

–No seas cría –el tono le había salido más seco de lo que pretendía.

Pero no era verdad; no era ninguna niña. Era una mujer. Había sido una mujer entre sus brazos la noche anterior.

–¡No lo soy!

–No seas tan intensa con tus sentimientos. ¿Más café?

Ella negó con la cabeza. Eso era una advertencia, ¿no? Le estaba diciendo que no leyese demasiado en lo de la noche anterior, que no se lo tomara demasiado en serio.

Javier suspiró. Todo le salía mal. Quería hablarle con cariño y le salía un tono seco. Quería hacerla feliz y la hacía llorar.

Era tan encantadora… Y era suya. No había querido que pasara, pero… ¿qué demonios? Su matrimonio se había hecho real y pensaba mantenerlo así.

¿Qué clase de idiota podría creer que iba a ser capaz de alejarse de ella? Un loco que no había querido aceptar la verdad: que se estaba enamorando de Zoe.

Pero era demasiado pronto para decírselo. A los dieciséis años, Zoe se creyó enamorada de él. Una tontería de adolescente que pronto habría olvidado. Debía ser así o no le habría dicho que quería pedir la anulación.

Pero todo se aclararía, pensó. Y haría que Zoe no pudiera vivir sin él.

Apoyándose en el respaldo de la silla, Javier intentó relajarse. Sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Además, él siempre conseguía lo que quería, tarde o temprano.

–La semana que viene nos iremos a España… será nuestra luna de miel.

Ella lo miró, sorprendida. ¿Luna de miel? No entendía nada. No era capaz de entender las reacciones de su marido.

Pero intentar entenderlo podría ser muy emocionante.

Capítulo 6

EL SOL caía a plomo sobre la piscina de aguas azules y las hojas del eucalipto se mecían suavemente con la brisa.

Zoe estaba apoyada en la barandilla de la terraza, observando la playa de arena blanca que comenzaba al final del jardín, y su corazón se aceleró al ver a Javier pasando bajo uno de los arcos mozárabes con una bandeja de refrescos en la mano.

Se había cambiado de ropa y con sólo mirarlo le daba vueltas la cabeza. Javier llevaba unos pantalones cortos y una sencilla camiseta blanca que acentuaba el bronceado de su piel.

Al recordar la noche que pasaron juntos, los músculos que rodeaban su sexo se contrajeron y se quedó sin aire en los pulmones. Estaban juntos en aquella preciosa villa de estilo árabe, un sitio tan romántico… pero era como si cada uno estuviese en un país diferente.

Desorientada por su actitud hacia ella desde que hicieron el amor, Zoe no sabía si reír o llorar. Sería muy fácil hacer las dos cosas.

Mordiéndose los labios, se acercó a la mesa donde Javier estaba colocando dos vasos de zumo de naranja.

Todo había ocurrido tan rápido… Al principio pensó que la luna de miel sería el principio de un matrimonio verdadero, que los miedos del día anterior habían desaparecido.

Siempre que no estuviese embarazada, claro.

Si lo estaba y siendo Javier como era un hombre de honor, mordería la bala y se resignaría a su destino. Zoe se ponía enferma sólo de pensarlo.

Pero ya no estaba segura de nada.

–No sabía dónde estabas –dijo él. Se le había caído el flequillo sobre la frente y Zoe hubiera deseado apartarlo, acariciar su cara. Pero no se atrevía.

–Estaba paseando por ahí.

Necesitaba tiempo para intentar entender qué estaba pasando, qué quería de ella.

La otra mañana, durante el desayuno, dos minutos después de decirle que se irían de luna de miel a casa de sus padres en España, se encerró en el despacho y, dos horas más tarde, le dijo que se iba a Londres.

–Vendré a buscarte dentro de un par de días.

–Pero…

–No te preocupes por nada. Yo traeré tu pasaporte y haré el equipaje por los dos.

Ni un beso de despedida, ni una caricia. Ése no era el comportamiento de un amante, de un marido. En ese momento, sus esperanzas se hundieron.

Javier tomó un sorbo de zumo.

–¿Te acuerdas de la casa?

Claro que la recordaba. ¿Se estaba riendo de ella?

¿Cómo iba a olvidar que se había humillado como una tonta al lado de la piscina? Su apasionada declaración de amor… Entonces Javier no quiso saber nada, como no querría saberlo ahora.

–Sí, pero fue hace tres años. Ha pasado mucho tiempo y las cosas cambian.

Pero ella no había cambiado. Seguía amándolo como antes. Más que antes. Y él seguía sin amarla. Seguía viéndola como una responsabilidad, como una carga.

Zoe apretó el vaso con los dedos. Cuando fue a buscarla a Wakeham por la mañana seguía siendo distante, frío. Y mientras volaban en el jet de la empresa, se preguntó si alguna otra pareja en la historia habría empezado su luna de miel sin tomarse de la mano siquiera.

Cada vez que intentaba hablar de algo importante, su futuro, por ejemplo, él cambiaba de tema o enterraba la cara en los papeles. De modo que Zoe se rindió.

–¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? –le preguntó, tomando un sorbo de zumo.

¿Para qué la había llevado a Almería, a unos kilómetros de un típico pueblecito andaluz llamado La Isleta del Moro? No tenía ningún sentido.

No la había llevado allí para hacerle el amor bajo la luz de la luna, eso seguro. No la había tocado desde aquella noche.

Mientras iban en el coche desde el aeropuerto, hizo de guía turístico, contándole que Almería era una de las provincias más secas de España y por eso sus padres pasaban allí el invierno; que era allí donde se habían rodado, en tiempos, los famosos espagueti-western… Le hablaba como si fuera una conocida, no su esposa.

–El tiempo que haga falta –contestó Javier.

Zoe estaba tensa, el brillo de sus ojos lleno de sospecha. Y el deseo de abrazarla era abrumador.

Javier contuvo un suspiro. Tenía que ser paciente, se dijo a sí mismo. Conocía a Zoe y sabía que no debía presionarla. Tres días antes estaba dispuesta a salir corriendo y dudaba que una noche de sexo hubiera cambiado nada. Pero estaba decidido a hacer que aquel matrimonio funcionase, de modo que debía ir despacio. Se tomaría el tiempo que hiciera falta…

–¡El tiempo necesario para saber si estoy embarazada! –le espetó ella entonces. Acababa de saber la respuesta y no le gustaba en absoluto.

Furiosa, se levantó y buscó un sitio más tranquilo para poner en orden sus pensamientos. ¿Por qué le dolía tanto si lo había sabido desde el principio?

El frescor de la villa, con sus suelos de cerámica, las plantas, la elegante decoración… nada conseguía calmar sus tumultuosos sentimientos.

¿Tanto le asqueaba pensar que tendría que seguir con ella si estaba embarazada? Seguir viviendo con ella durante el resto de su vida, perder su libertad…

–Voy a enseñarte tu habitación.

Zoe se volvió, sobresaltada.

–No te molestes. Teresa puede decirme dónde voy a dormir.

Recordaba perfectamente a Teresa, una señora gordita y muy sonriente. Ojalá apareciese en ese momento. O Manuel, su marido, que hacía las veces de jardinero y chófer. Pero había desaparecido desde que llegaron del aeropuerto.

Necesitaba algo, alguien, que actuase como colchón…

Pero Javier la tomó del brazo para llevarla hacia la escalera.

–Teresa y Manuel se han ido a su casa. Las parejas en luna de miel quieren estar solas, ¿no es verdad?

Zoe se tropezó al oír ese comentario tan cínico. Esta pareja en concreto necesitaba estar sola para que el servicio no se diera cuenta de lo que había entre ellos. Nada.

Y si ella no lo hubiese animado para que se metiera en su cama, no estaría viviendo aquella absurda situación…

De repente, Javier la tomó en brazos.

–¡Suéltame!

–Es una tradición, Zoe. El novio tiene que entrar en el dormitorio con la novia en brazos.

–No hay nadie para aplaudir el numerito, así que puedes soltarme. No hace falta que te arriesgues a sufrir una hernia.

Qué terrible error había sido aquella noche. Qué terrible y dramático error. Prueba de ello fue que Javier la dejó sobre la cama y se apartó inmediatamente.

Zoe se sentó sobre el edredón a toda velocidad. No pensaba quedarse tumbada, como una invitación que él no querría aceptar.

–En caso de que lo hayas olvidado, llevamos casi un año casados. Así que todo esto es una broma. Nunca me habías llevado en brazos.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero se las tragó.

–Te llevé en brazos una vez, cuando tenías diez años. Habíamos pasado la tarde en el zoo –dijo Javier entonces–. Te quedaste dormida en el coche y te subí en brazos a la habitación. Recuerdo que me hiciste gracia, con tus piernecillas tan flacas, la cara sucia…

Zoe lo miró sin entender. ¿Por qué recordaba aquello? ¿Por qué le recordaba su infancia, cuando era como un hermano para ella?

–Puedes echarte la siesta si quieres. Teresa ha deshecho el equipaje –murmuró él, sin mirarla, como arrepentido de haber recordado esa vieja historia.

Después, salió de la habitación y cerró la puerta. Cuando estuvo solo, dejó escapar un suspiro. Su cuerpo lo traicionaba a cada momento. Cada día le resultaba más difícil controlarse.

Cuando se acostó con ella, no imaginó que iba a ser la

experiencia más hermosa de su vida. La más excitante. Zoe era espectacular y aprendía rápido. Sabía que sólo tendría que entrar en la habitación, tomarla en sus brazos y la experiencia se repetiría.

Incluso en aquel momento la tentación era casi insoportable. Y un pequeño demonio le decía que Zoe era su mujer, que no tenía por qué negarse aquel paraíso, aquel pedazo de cielo, que no tenía que sacrificarse.

Pero esa noche había ocurrido algo más, pensó mientras iba hacia la piscina.

El amor.

Fue como un mazazo, pero debía reconocer que había ido creciendo dentro de él con los años.

Sin quitarse los pantalones cortos, Javier se tiró de cabeza a la piscina y nadó dando largas brazadas para olvidar la frustración. A través de los años, había sentido por Zoe diversas emociones: compasión, exasperación, cariño y celos. Y ahora amor. Un amor apasionado. Conocía sus defectos: era una chica muy testaruda, fieramente independiente, y sus virtudes: sus ganas de vivir, su generosidad. Le gustaba su forma de caminar, su sonrisa… adoraba todo en ella. Por primera vez en su vida estaba completamente enganchado.

Habría querido tomar su cara entre las manos, besar esos labios de rosa hasta que no pudiera más, quitarle la ropa y hacerle el amor hasta que los dos estuvieran a punto de expirar de agotamiento.

Pero sabía que no debía hacerlo. No podía. Nunca había tenido problemas para conseguir a una mujer. De hecho, a veces tenía que quitárselas de encima. Pero eso, en lugar de alimentar su ego, empezaba a aburrirlo.

Zoe era diferente. Y cada día estaba más enamorado de ella. Tenía que enseñarla a amarlo, convencerla para que quisiera pasar el resto de su vida con él, tener hijos…

Javier incrementó el ritmo de las brazadas. Su egoísmo lo asombraba. Lo que él quería no debía ser lo más importante. Sobre todo, porque Zoe estaba asustada pensando que podría estar esperando un niño que no había planeado…

Tenía toda la vida por delante antes de aceptar la responsabilidad de ser madre y para ella, a los veinte años, sería una carga insoportable.

Cuando le dijo que se quedarían allí el tiempo que hiciera falta, se refería al tiempo que fuera necesario para enamorarla, pero ella entendió que se refería al posible embarazo…

El problema era que Zoe nunca hacía lo que los demás esperaban de ella. No lo había hecho con diez años y no iba a hacerlo ahora.

Necesitaba tiempo, se dijo. Tiempo.

Zoe no podía calmarse. En cuanto a la siesta que Javier había sugerido, estaba fuera de lugar.

Optó entonces por un baño caliente para controlar los nervios. Se quedó en la bañera durante largo rato, mirando las hermosas paredes de cerámica, los espejos de estilo árabe, las brillantes hojas verdes de las plantas que llenaban el cuarto de baño, convirtiéndolo en un edén.

¿Qué estaría haciendo Javier? Seguramente trabajando. Había llevado su maletín y sabía que era un adicto al trabajo, de modo que probablemente estaría en el despacho hablando por teléfono, terminando algún proyecto… mientras ella estaba furiosa consigo misma por haberse metido en aquel lío.

Javier no estaría pensando en ella, no estaría perdiendo el tiempo. Y ella debía hacer lo mismo.

Furiosa, salió de la bañera y volvió al cuarto para vestirse. Teresa había deshecho el equipaje y la ropa de Javier estaba en el armario… ¿pensaría compartir la habitación con ella?

No, por supuesto que no. Teresa había deshecho las maletas suponiendo que eran un matrimonio normal, pero Javier se encargaría de buscar otro dormitorio, dejándola sola de nuevo.

Mientras se ponía un vestido azul, la rabia se convertía en odio. ¿Cómo podía amar a aquel egoísta, aquel hombre sin sentimientos? ¿No se daba cuenta de que ella también los tenía? ¿No se daba cuenta de que le hacía daño?

El egoísta que llenaba sus pensamientos apareció entonces. Zoe sintió su presencia antes de verlo y se volvió, nerviosa.

Estaba empapado, el pelo echado hacia atrás. Por un segundo le pareció notar que estaba tenso, que le costaba trabajo aguantar su mirada… pero la tensión desapareció de inmediato.

–Has estado nadando. ¡Qué buena idea! –exclamó Zoe, abriendo un cajón de la cómoda para sacar el biquini.

Mientras corría al baño pudo mantener la sonrisa en su rostro; una sonrisa que desaparecería en cuanto cerrase la puerta.

Capítulo 7

COMO de costumbre, Javier se despertó temprano y saltó de la cama como por un resorte. Pero aquella mañana pensó en Zoe, durmiendo en la suite principal, al otro lado del pasillo.

Durante los cinco días que llevaban allí, no había conseguido nada. No pudo siquiera empezar a pergeñar un plan para convencerla de que podían tener una vida maravillosa los dos juntos. Todo lo contrario.

La Zoe que amaba, la Zoe simpática, alegre, generosa y vital había desaparecido.

Su plan para convencerla de que era el hombre perfecto para ella, de que no era un egoísta sino una persona cariñosa y considerada no estaba funcionando.

Por mucho que intentase hacer que su estancia en España fuera agradable, se daba de bruces contra una pared. Cada vez que sugería hacer algo, ir a algún sitio, Zoe se negaba.

Pasaba todo el tiempo en el invernadero, con la cabeza enterrada en algún libro. Y cuando preguntaba qué le pasaba, ella contestaba: «Nada».

Bajo la ducha fría, una de tantas que se había visto obligado a tomar, Javier decidió que aquello no podía seguir así.

En el pasado, Zoe siempre hablaba con él, le contaba sus cosas, compartía sus miedos…

Quizá estaba enferma, pensó, mientras se ponía los vaqueros. La idea lo aterrorizó.

No podía negar que tenía ojeras, que su rostro estaba más pálido que de costumbre, que había perdido el apetito.

Su miedo al embarazo.

Y todo era culpa suya, pensó, mientras salía corriendo a la velocidad del rayo. Debía hablar con ella, asegurarle que no tenía nada que temer. Si estaba embarazada tendría los mejores cuidados y él, personalmente, la envolvería entre algodones. Él cuidaría de ella y del niño. Podría seguir trabajando, naturalmente, y contratarían a las mejores niñeras. Aunque era muy joven, podría seguir viviendo su vida, nada iba a cambiar.

Además, pensó, sintiendo un nudo extraño en el estómago, a él le encantaría tener un hijo.

Pero tenía que decirle todo eso. No podía permanecer callado mientras Zoe se consumía de preocupación.

Zoe salió de la ducha y se envolvió en una toalla. Había tomado una decisión: iba a hablar con Javier.

Aquel mismo día. No podía retrasarlo más. Guardarse la noticia no era justo.

Aquellos días estaban siendo una tortura. Javier se había mostrado amable, atento y paciente. No parecía importarle que no quisiera ir a nadar, a pasear o a navegar con él. Ni siquiera se enfadó cuando se negó a ir a su restaurante favorito donde, según él, servían la mejor langosta del mundo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar la preocupación que vio en los ojos de él cuando le preguntó si le pasaba algo. Entonces estuvo a punto de decirle la verdad, pero la llegada de Teresa con las provisiones se lo impidió.

No estaba embarazada.

Lo había sabido desde que llegaron a España. Pero no se lo comunicó a Javier porque sus sentimientos eran tan confusos que no sabía qué hacer.

Por un lado, había deseado secretamente estar embarazada y saber que no era así la llenó de una absurda tristeza. Sin embargo, si hubiera estado embarazada, Javier habría insistido en que siguieran casados… por el niño, no porque estuviese enamorado de ella.

No, él apretaría los dientes y aceptaría su responsabilidad sin protestar, como hacía siempre.

Pero cuando le dijera que no había embarazo, respiraría aliviado

y los dos podrían seguir adelante con sus vidas.

Un año más tarde, cuando ella cumpliese los veintiuno y pudiera hacerse cargo de su herencia, Javier se lavaría las manos y volvería a su vida de soltero.

En cuanto se vistiera le confesaría la verdad. Y tendría que ver su expresión aliviada que, para ella, sería como un cuchillo en el corazón. Naturalmente, seguiría siendo amable, como lo había sido cuando era una niña. Pero ya no era una niña y «amable» no era suficiente. Ella necesitaba más, necesitaba amor. Aunque Javier se negaba a darlo.

Cuando salía del baño, con la expresión de alguien que va a enfrentarse con un pelotón de fusilamiento, la puerta de la suite se abrió y Zoe se encontró con el amor de su vida, que la miraba con fiera determinación.

Sujetando bien la toalla para no repetir el fiasco de Wakeham, se armó de valor:

–No estoy embarazada.

Él la miró, perplejo. Pero inmediatamente una enorme sonrisa iluminó sus facciones.

Una sonrisa de alivio, por supuesto. Se acabaron los problemas. En un año se habría desembarazado de ella y podría seguir viviendo su vida sin molestias, felicitándose a sí mismo por haberse portado como un buen tutor.

La desilusión de Javier duró el tiempo justo, hasta que se dio cuenta de que estaba siendo un egoísta. A él le habría gustado verla con su hijo en brazos, pero estaba claro que ésa era una posibilidad que horrorizaba a Zoe.

De modo que se obligó a sí mismo a sonreír, como si acabara de recibir la mejor noticia.

–Entonces, ya no tienes que preocuparte. Sé que estabas angustiada.

Él no sabía nada. Nada en absoluto, pensó Zoe, furiosa.

–¡Lo sé desde hace cinco días! –le espetó.

De repente, sin poder evitarlo, se puso a llorar. Lloraba las lágrimas que había contenido durante aquellos días y Javier la abrazó para consolarla.

–Tranquila, cariño –dijo en voz baja–. No soporto verte llorar. Por favor…

Ella intentó apartarse.

–¡Ya no soy una niña! –exclamó, furiosa–. ¡No me trates así! ¿Qué vas a hacer, prometerme un helado para que me calme? ¿Vas a sonarme la nariz?

Sabía que estaba siendo injusta, pero intentó alejarse de él. Javier no se lo permitió.

–¿Debería darte un besito para que te pusieras bien?

El corazón de Zoe dio un vuelco. Cuando levantó la cara y vio el brillo de los ojos grises se le quedó la boca seca. Sus labios prometían pasión y los suyos se abrieron, sin que se diera cuenta, cuando sus manos, que la mantenían prisionera, se convirtieron en instrumentos de tortura acariciando su húmeda espalda.

Nerviosa, dejó escapar un gemido mientras apoyaba las manos en su camiseta. No sabía si para acariciarlo o para sostenerse.

Entonces esa boca perfecta se inclinó hacia ella y fue como si unos fuegos artificiales explotaran en su interior. Levantó los brazos para enredarlos alrededor de su cuello y la toalla cayó al suelo. Esta vez, el gemido, ronco, salió de la garganta de Javier mientras la acariciaba, ansioso, apretándola posesivamente.

–¿Es esto lo que quieres? –le preguntó con voz ronca–. Dímelo, Zoe. Dímelo ahora. No soy de piedra.

Zoe quería que volviese a besarla. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Apretándose más contra él, si eso era posible, decidió buscar su boca como respuesta. Y se sintió eufórica al notar el escalofrío que recorrió el cuerpo de su marido.

La deseaba. Su cuerpo lo había traicionado. No era indiferente, la deseaba tanto como lo deseaba ella. Con un instinto tan antiguo como el de Eva, Zoe apretó las caderas contra la costura de su pantalón.

–Zoe…

Lo estaba volviendo loco otra vez. Y sabía cómo hacerlo.

Cuando los duros pezones se aplastaron contra su camiseta, temió perder la cabeza de nuevo. Pero le daba igual. Ya todo le daba igual. Javier levantó las manos para acariciar su cara, sus dedos deslizándose bajo la cascada de pelo rubio.

–Espera…

–No puedo –dijo ella, moviendo la cara para besarlo.

Javier, frenético, deslizó una mano hasta el triángulo de rizos

rubios entre sus piernas.

–Tardaré dos segundos… te lo prometo. No quiero que volvamos a arriesgarnos.

Zoe se mordió los labios. Había estado a punto de decirle que deseaba tener un hijo suyo…

Entonces oyeron una voz femenina en el piso de abajo.

–¡Javier, Zoe!

–¡Mi madre!

–¿Es que no hay nadie en casa? –oyeron la voz de Isabel, seguida del ruido de sus tacones.

Zoe recobró la toalla y se tapó con ella a toda prisa, justo cuando Isabel, vestida con un traje de chaqueta azul, abría la puerta de la suite.

–¡Ah, por fin os encuentro! Hemos decidido haceros una visita sorpresa.

–Y habéis elegido el momento adecuado, mamá –contestó Javier, pálido.

Isabel, que no había entendido el sarcasmo, sonrió.

–Tu padre dijo que no os haría gracia, pero yo tenía muchas ganas de venir. ¡Llevo casi un año sin veros!

–¿Un año? –repitió él, pasándole a Zoe un brazo por los hombros–. Perdona, mamá, pero estábamos a punto de darnos una ducha.

Zoe se tragó una risita nerviosa.

–Perdón, no sabía…

–Haz el desayuno, mamá. Zoe y yo bajaremos dentro de un rato.

–Muy bien. Pero no tardéis.

–Bajaremos enseguida –repitió Javier, sin moverse hasta que su madre desapareció–. ¿Qué puedo decir? –suspiró, mirando a Zoe.

–¿Que deberían poner cerraduras en las puertas? –sonrió Zoe, intentando esconder su frustración.

–No es mala idea. Me daré una ducha fría mientras tú te vistes.

–Javier… espera.

Apretando la toalla, Zoe decidió no esperar un segundo más en aquel limbo. ¿Qué iba a ser de su futuro? ¿La estaba usando sólo porque era un hombre con deseos sexuales normales y ella una mujer dispuesta o había algo más?

–Habríamos vuelto a acostarnos juntos –le dijo, pálida–. No

podemos fingir que no ha pasado nada. Tenemos que hablar.

Él estaba muy quieto, pero Zoe veía la tensión en sus hombros.

Había dicho «nos habríamos acostado». No dijo «habríamos hecho el amor», notó Javier con tristeza, estudiándola con sus ojos oscuros. Era tan preciosa que le dolía. Y respondía a sus caricias de una forma que volvería loco a cualquier hombre.

¿Qué quería decir? ¿Que eso no habría cambiado nada? Claro que tenían que hablar, pero aquél no era el momento. La visita sorpresa de sus padres les había robado un tiempo precioso, un tiempo que necesitaban urgentemente.

–Hablaremos más tarde. Esta noche. Te lo prometo.

–Pero…

–Mi madre no ha tenido que cocinar en su vida. Ahora mismo estará mirando el tostador como si fuera un platillo volante y es posible que vuelva a aparecer por aquí, muerta de miedo. Además, no entenderá por qué Teresa y Manuel no están en casa…

–Ya, claro.

Zoe dejó caer los brazos, decepcionada. Eso era lo único importante para Javier, lo que pensaran los demás.

Dirigiéndose hacia el vestidor con una desgana que no podía disimular, intentó animarse. Pero era imposible.

Habían estado a punto de hacer el amor… no, había que llamar a las cosas por su nombre. Habían estado a punto de tener relaciones sexuales. La interrupción sólo había sido una inconveniencia. Nada más. Cierto, le había prometido que hablarían por la noche, pero…

Pero Zoe no sabía si iba a gustarle lo que Javier tenía que decir.

Capítulo 8

DEJA que lo haga yo, mamá –sonrió Javier, quitándole la cafetera de las manos.

Se había duchado y vestido a la velocidad del rayo para bajar a la cocina.

–¿No se hace así?

–No se pone directamente sobre el fuego… Mamá, eres peor que una niña pequeña. ¿Es que nunca has entrado en una cocina? –rió Javier, con cariñosa exasperación.

Isabel levantó los ojos al cielo.

–¿Para qué? Hay gente que se gana la vida haciendo esas cosas. Y, por cierto, ¿dónde está Teresa?

–Le dije que no la necesitaba.

–¿Por qué?

–Zoe y yo queríamos estar solos –contestó él, esperando que su madre entendiese la indirecta.

Lionel Masters apareció entonces.

–¿No te dije que querrían estar solos?

–¿Que mi único hijo no se alegra de ver a su madre? –exclamó Isabel, dramática–. No digas tonterías, Lionel. ¿Qué son dos o tres días? Además… tengo que darle un mensaje.

–¿Qué mensaje?

–He recibido varias llamadas de una antigua enamorada tuya… Glenda Havers. Parece que está desesperada, Javier. Por lo visto, llamó a Wakeham, pero Ethel se negó a decirle dónde estabas. Llamó a tu apartamento de Londres, a la oficina… y al final me llamó a mí.

–¿Y qué quería? –preguntó él, sorprendido.

–No lo sé. Yo no le dije dónde estabas, naturalmente –siguió Isabel–. Pero le prometí que te daría el mensaje. ¿Para qué quiere hablar contigo tan urgentemente, hijo? Deberías haber dejado atrás esas cosas después de casarte.

Zoe lo estaba oyendo todo desde la puerta. Se había tomado su tiempo porque quería estar guapa para él. No sabía por qué, quizá para poder soportar las largas horas hasta que Javier le dijera por fin lo que quería saber.

Aunque ella ya sabía lo que le iba a decir: que era un hombre normal, con deseos normales, y que ella era su mujer. Eso no significaba nada. Muchos hombres eran capaces de disfrutar del sexo sin que sus sentimientos se mezclasen en absoluto.

Y si hubiera entrado en la cocina en lugar de quedarse en la puerta, no habría oído aquello. Dicen que la ignorancia es el paraíso, ¿no?

Glenda. Glenda Havers. Una de las novias de Javier. ¿Seguiría siendo alguien especial para él? ¿Habrían seguido manteniendo una relación?

¿Y por qué estaba tan desesperada por hablar con él? ¿Estaría enamorada… lo estaría Javier?

Tantas preguntas y ninguna respuesta. Zoe tragó saliva y respiró profundamente para darse valor.

¿Le diría Javier la verdad? ¿Le diría lo que ella no quería oír, que iba a casarse con Glenda en cuanto el trato que habían hecho hubiera terminado?

¿Podría soportarlo si fuera así?

–Zoe… estás guapísima –exclamó Isabel al verla–. Ojalá yo pudiera ponerme de rosa, pero no puedo… me queda fatal. ¡Y cómo cambian los tiempos! Lionel nunca me habría dejado ponerme ese vestido.

Zoe aceptó el cumplido con una sonrisa. Llevaba el pelo recogido en un moño y un vestidito de flores ni demasiado escotado ni demasiado corto, pero sin mangas y con falda de vuelo. Discreto, elegante, como le gustaba a Javier.

–Ven –dijo Isabel entonces–. Salgamos a la terraza. Que los hombres se dediquen a esas tareas que, supuestamente, yo no sé hacer. Dicen que la cocina es el corazón de la casa, pero yo prefiero no saber nada.

La madre de Javier la llevó hasta una mesa de hierro pintada de blanco, bajo una sombrilla.

–Me alegro mucho de que hayáis venido –murmuró Zoe, incómoda.

Pero Isabel no parecía tener ganas de perder el tiempo y fue directa al grano:

–Mi hijo me ha dicho que Teresa no se ocupa de vosotros porque habéis preferido estar solos. ¿Pasa algo? Dímelo… ¿sois felices?

Zoe respiró el aroma a jazmín, sin saber qué decir. Y entonces recordó algo.

–El día de la boda dijiste que te alegrabas de que Javier hubiera seguido tu consejo y se hubiera casado conmigo. ¿Te acuerdas?

Entonces no le dio demasiada importancia al comentario, pero empezaba a pensar que quizá en la petición de Javier había algo más que el deseo de un hombre honesto de alejarla de un grupo de amigos indeseables.

Isabel sonrió.

–Claro que me acuerdo. ¿Cómo voy a olvidar que el testarudo de mi hijo siguió un consejo mío por primera vez en la vida? Supongo que lo pensó y se dio cuenta de que era lo más sensato.

–¿Qué le dijiste, Isabel?

–Algo evidente: que debía casarse contigo porque tenías una herencia considerable –rió la madre de Javier–. Desde que cumplió dieciocho años, mi hijo ha estado perseguido por mujeres de todo tipo. Javier es un chico muy guapo y, sobre todo, rico. Naturalmente, enseguida se convirtió en una presa codiciada y yo, como madre, quería lo mejor para él. Quería que sentara la cabeza y me diera nietos. Pero temía que cayera en las garras de alguna avariciosa a quien sólo le importase su dinero. Aparte de la tradición de que el dinero se casa con el dinero, sabía que si tú lo aceptabas sería por amor, Zoe.

–Siempre lo he querido –dijo ella, sin pensar.

–Y él te adora. Lo vi el día de la boda.

Zoe bajó los ojos. Su suegra no sabía nada; sólo veía lo que quería ver. Lo único que Javier sintió por ella el día de la boda fue afecto; el afecto que sentiría por una niña descarriada.

Y en cuanto a que se hubiera casado con ella porque tenía dinero… los fondos del fideicomiso serían una gran suma para

cualquiera, pero no para Javier, presidente de una de las constructoras más importantes del país.

–Ahora lo único que tengo que hacer es esperar que me deis el primer nieto –dijo Isabel.

Zoe tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar las lágrimas. Un hijo era lo último que Javier deseaba. Había visto el alivio en su rostro cuando le dijo que no estaba embarazada.

Afortunadamente, el *tête-à-tête* terminó cuando los hombres aparecieron en la terraza con las bandejas del desayuno.

–Tengo que hacer una llamada –dijo Javier entonces.

Para hablar con Glenda, naturalmente, pensó Zoe. Para decirle que él también la echaba de menos. Para decirle que sólo estaba en España con su mujer porque lo había amenazado con pedir la anulación antes de que él, con su superior sabiduría, hubiese decidido que era lo suficientemente madura como para cuidar de sí misma.

¿Se atrevería a confesarle a su amante que le había sido infiel con ella?

–¡Pero si acabamos de llegar! –estaba diciendo Isabel cuando Zoe pudo concentrarse de nuevo en la conversación–. ¿No puedo pasar unos días con mi hijo? Me niego a creer que Javier…

–¡Isabel! –la interrumpió Lionel–. No te pongas difícil. Esta noche nos vamos a Almería. Ya sabes que no tuvieron tiempo para la luna de miel después de casarse y…

Zoe se levantó murmurando una disculpa. No podía más. Le temblaban las piernas y tuvo que agarrarse a la balaustrada para no caer al suelo. Sabía que Javier quería mucho a sus padres y, en cualquier otra circunstancia, los habría recibido con los brazos abiertos, pero…

Debía haberle dicho a su padre que quería estar a solas con ella. ¿Por qué? Seguramente para que no hubiera testigos cuando le dijese que estaba de acuerdo, que quizá había llegado la hora de separarse.

¿O quería convertir aquello en una luna de miel de verdad? Aquella mañana habían estado a punto de hacer el amor. Pero ahora estaba hablando con Glenda por teléfono… No, no podía ser.

–¿Cuántas veces te he dicho que no te pongas al sol sin un sombrero?

Al oír su voz se le hizo un nudo en el estómago. Era más guapo que ningún otro hombre, más masculino, más enérgico. Hacía que las mujeres volvieran la cabeza en cualquier parte, les rompía el corazón…

–Ve a la sombra, Zoe. ¿Has desayunado?

De nuevo estaba tratándola como si fuera una niña. Pero en sus ojos había un brillo de humor. Su conversación con Glenda debía haber sido muy agradable.

Frustrada porque no era el momento de preguntarle por su amante, Zoe dejó que la llevara de nuevo a la mesa.

–Como prácticamente he echado a mis padres de su propia casa, deberíamos hacerles la estancia un poco agradable –le dijo en voz baja.

–Sí, tienes razón.

¿Por qué los había echado? ¿Para decirle a su mujer que iba a pedir el divorcio o para hacerle el amor apasionadamente?

De las dos posibles respuestas, Zoe sabía cuál era la que estaba esperando.

Volvieron a la casa con el estómago lleno después de un almuerzo delicioso. La langosta era tan buena como Javier le había dicho. Después de regarla, además, con un vino blanco fresco, Zoe casi se sentía feliz.

Estaban relajándose en la terraza cuando el ruido de un motor rompió el silencio de la tarde.

Isabel lanzó un grito cuando la motora entró directamente en el jardín, bajo la terraza.

–¡Nos están invadiendo!

–Relájate, mamá –sonrió Javier–. Mira el logo. Es una de las nuestras.

Pertenecía a la flota de la constructora, pensó Zoe al ver el famoso logo, la curiosidad sobrepasó por un momento la tensión que sentía desde por la mañana.

Un hombre moreno vestido con un elegante traje bajó de la motora con un maletín en la mano y subió los escalones de la terraza. Después de saludar obsequiosamente a Javier, dejó el maletín sobre la mesa.

–El señor García –lo presentó su marido, mencionando después el nombre de una conocida joyería de Madrid.

El hombre abrió el maletín y Zoe se quedó atónita al ver un montón de anillos sobre una capa de terciopelo azul.

–¡Fabuloso! –exclamó Isabel–. ¿Para quién son?

Javier se volvió hacia Zoe.

–No te compré un anillo de compromiso y esta mañana he decidido corregir esa imperdonable omisión.

El corazón de Zoe daba vuelcos dentro de su pecho y sus ojos se nublaron hasta que los anillos se convirtieron en un caleidoscopio de colores.

–Elige el que quieras –le dijo, mientras el señor García se apartaba educadamente.

–Hora de irnos, Isabel –anunció Lionel–. ¡Y no pongas esa cara!

Mientras se despedían, con desgana por parte de Isabel, Zoe se sintió mal por haber pensado cosas terribles de su marido. No había estado pegado al teléfono diciéndole a Glenda palabras de amor, sino hablando con García para que llevase aquellos anillos…

No habría hecho un gesto tan impulsivo si quisiera librarse de ella.

–A veces eres muy romántico –murmuró, con el corazón lleno de amor.

–¿Te gusta que sea romántico? –sonrió él, preguntándose si debería haber pensando antes lo del anillo.

–Tú me gustas –confesó Zoe.

–Ya me he dado cuenta –dijo Javier entonces, sin disimular su satisfacción masculina.

Zoe miró los anillos, encantada.

Era imposible decidirse porque todos eran preciosos…

–¿Cuál te gusta más?

–No lo sé. Me gustan todos.

Javier eligió un diamante de color amarillo montado sobre platino y se lo puso en el dedo, al lado de la alianza.

–¡Es enorme! –exclamó Zoe, levantando la mano para admirar el brillo de la piedra.

–¿Te gusta?

–Me encanta. Pero debe ser carísimo.

–¿Y? –Javier se encogió de hombros, como si el precio no le

importase lo más mínimo. Después, tomó su mano y le dio un beso, felicitándose a sí mismo por haber encontrado el camino hasta su corazón.

El siguiente paso, después de librarse de García, sería la cama y la promesa de que nunca más volverían a pensar en el divorcio. Pero cuando estaba imaginando cómo iba a desnudarla sonó su móvil… Javier lo sacó del bolsillo mascullando una maldición.

–¿Sí…? Zoe, es para ti –dijo, con un gesto de sorpresa–. La acompañante de tu abuela.

Ella tomó el teléfono, sorprendida. No había visto a su abuela desde el día de la boda.

–Se supone que no debo decirle esto, pero su abuela está muy mal –dijo la señorita Pilkington, sin más preámbulos–. No está enferma exactamente, son cosas de la edad, pero tiene el corazón muy débil. Sé que quiere hacer las paces con usted antes de que pase algo y… su abuela cree que no la trató como es debido cuando vino a vivir con ella, pero no quería que la llamase. Así que, si viene a verla, no le diga nada. Se enfadaría conmigo y, en su estado, eso podría ser fatal.

Javier vio que Zoe se quedaba pálida y le quitó el teléfono de la mano.

–Soy Javier Masters, el marido de Zoe.

El ama de llaves repitió la historia.

–Muy bien. Zoe irá a visitarla en cuanto le sea posible.

Le hubiera gustado tomar al destino por el cuello y estrangularlo por estropear sus planes. Alice Rothwell jamás se había preocupado por su nieta, pero si estaba a punto de morir… lo mejor sería ayudarla a morir en paz.

Además, para Zoe sería bueno saber que aquella mujer tan fría, tan poco cariñosa, guardaba cierto afecto en el fondo de su corazón.

De modo que sus planes de seducir a su mujer tendrían que esperar.

–Será mejor que hagamos la maleta –murmuró, marcando el número de su oficina.

Capítulo 9

HABÍA oscurecido cuando el coche por fin los dejó frente a la casa de su abuela. Con un mal presagio, Zoe miró la fachada, la escena de tantas tristezas infantiles. Pero si su abuela quería hacer las paces, ella estaba dispuesta a facilitárselo.

Javier abrió la puerta del coche para ayudarla a salir y sacó su maleta del maletero.

–Cariño, ¿quieres que me quede contigo? No sé si esto va a ser fácil para ti.

A Zoe le habría encantado, pero contuvo el deseo de decir que sí. No debía ser tan egoísta. No tenía sentido obligarlo a quedarse en una casa tan triste, con dos ancianas cuya idea de la diversión era criticar a todo el mundo.

–No hace falta, gracias.

Le encantaba que se preocupase por ella, que la mirase con afecto.

–Esto es algo que mi abuela y yo tenemos que hacer solas.

Javier pensaba lo mismo. Aunque habría querido quedarse con ella, sabía que Zoe y Alice Rothwell necesitaban estar solas para llegar a un acuerdo, para hacer las paces al fin.

–Sólo me quedaré una semana –dijo Zoe entonces.

Su abuela necesitaba compañía y, seguramente, cariño. El cariño que no había sabido darle de pequeña, cuando se quedó huérfana. Pero ella era capaz de perdonar.

Javier inclinó la cabeza y buscó sus labios para darle un beso de despedida porque lo que sólo iba a ser una semana a él le parecía una cadena perpetua.

Instintivamente, Zoe le devolvió el beso, enredando los dedos en su pelo, buscando en él la fuerza que iba a necesitar para soportar aquel trago.

Pero el beso, aunque apasionado, no duró mucho porque Javier se apartó.

–Te acompaño a la puerta –dijo con voz ronca.

No tenía sentido empezar algo que no podrían terminar. Y si hubiera seguido besándola habría tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no desnudarla y hacerle el amor allí mismo, delante del conductor. Ninguna otra mujer lo encendía de esa forma, ninguna le hacía perder la cabeza como Zoe.

Mirando su duro perfil, Zoe se sintió abandonada. ¿Por qué la había besado así para apartarse luego, como asqueado de sí mismo? ¿O era su inmediata respuesta lo que lo había asqueado? ¿Prefería que una mujer fuese más fría, que no demostrase lo que sentía?

La imagen de Glenda Havers apareció de nuevo en su mente. ¿Sería ella una más, sólo otra de las mujeres que compartían su cama? ¿Estaría empezando a aburrirlo?

Desde luego, no había perdido tiempo en hacer la maleta en cuanto recibieron la llamada de la señorita Pilkington. El helicóptero los recogió en Almería, después tomaron el jet de la empresa en Madrid, el coche estaba esperándolos en el aeropuerto de Heathrow…

Zoe decidió dejar de pensar en ello. Volviendo a Inglaterra lo antes posible, Javier sólo había hecho lo que sabía hacer mejor: organizar.

Además, le había ofrecido una maravillosa colección de anillos para que eligiese el que más le gustara. ¿Cómo podía olvidar eso? Quizá porque, además de sus padres, nadie la había querido y pensaba que, quizá, nadie la querría nunca.

Oliver había dicho que la quería, pero ella sabía que no era verdad. En cuanto a Javier… no tenía ni idea.

–Javier, de verdad tenemos que hablar.

–Sí, claro –contestó él, sin mirarla, pulsando el timbre–. Pero no ahora.

Se le encogió el estómago al recordar los planes que tenía para aquella noche. No estaba preparado para abrirle su corazón… en caso de que Zoe decidiera pisotearlo, pero sí estaba dispuesto a

enamorarla, a seducirla, a hacerle el amor hasta que se volviera adicta a él. Pero esos planes tendrían que esperar.

La frustración hacía que su voz sonase más dura de lo que había pretendido, pero…

La señorita Pilkington, si tenía un nombre de pila Javier no lo conocía, abrió la puerta y los miró, horrorizada.

–No pueden venir a estas horas. La señora sabría que ocurre algo raro.

–No tenemos tiempo para juegos –replicó él–. Si Alice está tan enferma como dice, se alegrará de recibir a Zoe.

–Pero… –empezó a protestar la señorita Pilkington.

–Estaré en casa –dijo Javier–. Llámame si necesitas algo.

La mano que levantó para acariciar su cara desapareció rápidamente en el bolsillo del pantalón.

Con un brusco movimiento de cabeza, se despidió del ama de llaves y volvió al coche.

Y Zoe se preguntó si algún día entendería a aquel hombre.

–¿Seguro que estás bien, abuela? –preguntó Zoe, colocando una manta sobre sus piernas

–Perfectamente –contestó ella, con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que, para Zoe, era completamente nueva–. Veo que tienes la cabeza sobre los hombros –dijo Alice entonces, estropeando el momento–. La educación que te dieron en el internado te ha convertido en una jovencita muy responsable.

Zoe no dijo que su educación, en realidad, había sido responsabilidad de Javier, ya que ella era incapaz de cuidar de una niña.

Pero si creer eso la ayudaba…

Con lo de tener «la cabeza sobre los hombros» se refería a cómo Zoe se había hecho cargo de todo desde que llegó. Incluyendo la contratación de un ama de llaves llena de energía y que no vestía de negro de los pies a la cabeza.

A la señorita Pilkington no le hizo ninguna gracia, pero así podía concentrarse en su abuela, que era lo más importante.

Habían pasado cinco días y Alice Rothwell parecía recuperada, de modo que ya podía volver con Javier. Y estaba deseándolo.

Por fin tendrían aquella conversación tantas veces retrasada. Zoe tocó el diamante como si fuera un talismán.

–Bueno, tengo que irme, abuela. Te llamaré todos los días para ver cómo estás. Y no olvides la cita en el hospital para hacerte un chequeo.

Estaba tan contenta que prácticamente fue saltando por el jardín. Javier se había casado con ella por su sentido del deber, pero algo había cambiado la noche que hicieron el amor. Algo muy importante.

No la quería… aún no; tenía que aceptar eso. Pero la deseaba, estaba segura. Si a eso le añadía el afecto que había sentido por ella desde niña, no era una locura pensar que Javier pudiera amarla algún día. Incluso podría convencerlo para que tuvieran un hijo.

Su coche estaba esperando en la puerta. Javier lo había enviado al día siguiente con una nota:

He pensado que te gustaría dar una vuelta de vez en cuando mientras estás en casa de tu abuela… conduce con cuidado.

Ese gesto le pareció encantador y, por la noche, llamó al apartamento para darle las gracias, pero no había nadie en casa. Tampoco contestó cuando lo llamó al móvil, así que dejó un mensaje. Desde entonces no habían vuelto a ponerse en contacto.

Zoe dejó la maleta en el asiento trasero, con una sonrisa en los labios. Por supuesto, Javier no había enviado el Lotus sino el otro coche, más pequeño y mucho menos rápido, pero daba igual. Volvía a casa.

Y no le habría importado volver en patinete.

Zoe usó la tarjeta electrónica para activar el ascensor que la llevaría al apartamento. Eran las siete de la tarde y, conociendo a Javier, no estaría en casa leyendo un buen libro, sino en la oficina hablando por teléfono y dando órdenes a diestro y siniestro, como era su costumbre.

Podría haber llamado para decirle que volvía a casa, pero decidió darle una sorpresa. Después de un largo baño, se

maquillaría cuidadosamente y luego se pondría un vestido escotado para recordarle que la encontraba deseable.

Nerviosa por la idea de seducir a su propio marido, salió del ascensor… y se chocó con una maleta.

–Javier, ¿eres tú? –oyó una voz femenina.

Zoe se quedó pálida. Conocía bien esa voz, era Glenda Havers. Que apareció inmediatamente con un albornoz de seda que apenas le cubría los muslos.

–Ah… no te esperábamos hasta dentro de un par de días –dijo Glenda, tan tranquila.

Zoe no podía hablar. Tenía el corazón encogido y sentía que empezaba a marearse.

–¿Qué haces aquí?

–Por favor… ¿tú qué crees? –sonrió la otra mujer, dejándose caer en el sofá como si estuviera en su propia casa–. Mira, chica, espabílate –añadió, mirándose las uñas–. Tú eres una niña rica, ¿por qué crees que Javier se casó contigo? Aunque vuestro matrimonio no ha sido un obstáculo. Somos amantes desde hace años, como sabes… pero no deberías saber que seguimos siéndolo. Hemos sido muy discretos, pero ahora que lo sabes… bueno, tú decidirás qué vas a hacer. Una esposa rica es mejor que una pobre –siguió Glenda, como si aquello fuera lo más normal del mundo–. Pero si quieres un consejo, deja a ese canalla antes de que te rompa el corazón.

–¿A qué hora llegará Javier? –preguntó Zoe, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Había pensado que estaba equivocada, que no había nada entre Glenda y su marido. Pero allí estaba, como una bofetada, devolviéndola a la realidad. Si Javier entraba en ese momento lo mataría.

–Ni idea. Ya sabes cómo es… está todo el día trabajando. Ha tenido que irse a Milán para no sé qué. Así que intenta ser adulta y acepta la situación. O mejor, deja a Javier.

¡Aceptar la situación! ¡Nunca, en su vida!

Le dolía el corazón. Literalmente. Era como si una garra lo apretase hasta hacerlo sangrar.

Aceptar aquella sórdida situación era imposible. Y también lo era quedarse en aquella casa. Al final acabaría llorando y

confesándole que lo quería… ¡No le daría esa satisfacción!
De modo que se dio la vuelta y tomó de nuevo el ascensor.

Capítulo 10

ZOE no podía entender cómo había llegado a Wakeham sin acabar siendo una víctima más en la estadística de los accidentes de tráfico. No recordaba cómo había entrado en su coche, no recordaba el viaje… sólo recordaba el rostro de Glenda y la humillación que sintió al verla en su casa.

En su casa.

Pero llegó de una pieza y entró directamente en la cocina.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Joe, levantándose.

Debía tener un aspecto horrible, pensó ella.

–Estoy bien –dijo, intentando sonreír.

Si estar muerto por dentro era estar bien, lo estaba.

Ethel la miraba, sorprendida.

–No la esperábamos… debería habernos llamado. ¿Viene Javier con usted?

–No –contestó Zoe.

Javier estaría en Londres con su amante en aquel momento. ¿Disgustado porque se había enterado de su engaño? ¿O sencillamente se encogería de hombros, pensando que era lo mejor, que así no tendría que contárselo él mismo?

Isabel le había dicho que su hijo aceptó un consejo suyo por primera vez en la vida. El dinero debe casarse con el dinero. Y ella había pensado que no tenía nada que ver… Qué ingenua era.

–Voy a prepararle algo de comer –se ofreció Ethel–. ¿Qué tal unos huevos? Está usted muy pálida.

–Gracias, pero ya he comido.

No era mentira. Había desayunado por la mañana… siglos atrás. Pero le daba igual. No era su estómago lo que importaba en ese

momento.

–He pasado unos días con mi abuela mientras Javier… estaba fuera, en viaje de negocios.

Cómo lo odiaba. Incluso le costó trabajo pronunciar su nombre.

Al oír su voz, Boysie, que estaba durmiendo al lado de la cocina, abrió un ojo y movió la cola. Y después siguió durmiendo. Ningún recibimiento caluroso, ninguna de las caricias que antes le ofrecía.

Entonces se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentía rechazada, sola.

–El pobrecillo está agotado –explicó Joe al ver su expresión–. Hemos dado un paseo larguísimo.

–Ya.

–Y ha corrido como loco, en serio –dijo Ethel–. Joe es como un niño cuando está con Boysie.

Daba igual lo que dijeran. Zoe se sentía como se había sentido de pequeña en casa de su abuela. Como si no le importase a nadie, como si fuera un cero a la izquierda.

–Me voy a la cama. Ha sido un día muy largo –dijo en voz baja.

Pero sabía que no podría pegar ojo. Antes de subir a su habitación pasó por el estudio y se sirvió un vaso de whisky, con la esperanza de que eso la hiciera dormir, de que la hiciera olvidar todo lo que había pasado.

No fue así. Atormentada, miraba la oscuridad sintiendo que se hundía. Había tenido sospechas, pero nunca creyó de verdad que Javier seguía viendo a Glenda, que seguía siendo su amante.

Era una ingenua por pensar que un hombre como él se habría contentado sin sexo durante todo un año.

En lugar de sus tontas fantasías de hacer que se enamorase de ella, debería haber aceptado que Javier buscaría una mujer de verdad, una mujer con experiencia en la cama, no una cría como ella.

Por un segundo se le ocurrió pensar que Glenda podría haber mentido… No, era absurdo. Estaba en su apartamento, con un albornoz, como si fuera algo normal para ella.

Javier ya debía haber vuelto a Londres… ¿le habría contado Glenda que estuvo allí, que lo sabía todo? Claro que sí.

Y si todo aquello fuera una fabricación de Glenda, en cuanto

hubiera vuelto al apartamento la habría llamado para darle una explicación.

No, Javier era culpable. Javier, que seguramente en ese momento estaba haciendo el amor con Glenda sin acordarse de ella.

En la oscuridad, Zoe tomó el magnífico anillo y lo lanzó contra la pared. Un regalito para tenerla contenta.

Y no la había tocado hasta esa noche, cuando ella le dijo que quería pedir la anulación… Por eso le hizo el amor. Había creído que el dinero de su herencia se iba por la ventana…

Zoe se quitó la alianza y la tiró con rabia.

Ethel observaba a Zoe bajando la escalera con expresión angustiada. Parecía diferente, mayor. Llevaba el pelo sujeto en un moño y un vestido de color turquesa que era, evidentemente, de diseño italiano.

No llevaba la alianza, de modo que algo ocurría en aquel matrimonio. Durante los últimos tres días había estado muy nerviosa y se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono.

–No esperes despierta, Ethel –dijo Zoe, en cuanto llegó a su lado–. Me llevaré la llave.

No había pronunciado el nombre de Javier desde que llegó allí, pero en caso de que él llamara, Ethel quería saber qué debía decirle.

–¿Dónde va, señorita Zoe?

–A una fiesta, en casa de Guy y Jenny –contestó ella–. Buenas noches, Ethel.

Ya no era una niña. Estaba claro. Y no quería ser tratada como tal.

Cuando salió de la casa, el sol vespertino calentó su piel, pero no su corazón.

Se había terminado. Llevaba tres días esperando que la llamase… y nada. No le importaba en absoluto.

Tres días y tres noches interminables deseando verlo cara a cara por última vez, deseando decirle lo que pensaba de él para sacarse aquel veneno que la estaba matando.

Pero no iba a pasar. Javier no iba a dar la cara.

De modo que decidió dejar todo eso atrás y seguir con su vida.

Olvidar a Javier por completo.

Mientras conducía, iba repasando mentalmente sus planes de futuro. Para empezar, pedir el divorcio. Ponerse en contacto con el administrador del fideicomiso y solicitar el dinero necesario para comprar su propio apartamento. Y seguir trabajando.

Y después… ¿después? El futuro le parecía un agujero negro. Vacío, nada. Zoe apretó los dientes y pisó el acelerador.

–Me alegro mucho de que hayas venido –dijo Jenny, tomándola del brazo–. Envié la invitación pensando que no vendrías, la verdad. Nadie sabe nada de ti desde hace siglos… ¿Por qué no ha venido Javier contigo?

–Está trabajando –contestó Zoe–. Me encantan esas cortinas –dijo entonces, para cambiar de tema.

–Preciosas, ¿verdad?

Jenny tomó un mando y pulsó un botón. Las cortinas se abrieron y se cerraron por sí solas. Zoe intentó sonreír. Tenía que seguir con su vida y ver de nuevo a sus amigos era un comienzo.

–Ahora tienes que ver la cocina. Guy se volvió loco cuando vio la factura, pero ha quedado perfecta. ¡Ahora sólo tengo que aprender a cocinar!

Cinco minutos después, con una copa de vino en la mano, Zoe se reunió con los demás en el jardín, donde estaban preparando una barbacoa.

Oliver Sherman estaba charlando con una pelirroja que llevaba un vestido muy corto. Qué raro, pensó, irónica.

Zoe se dirigió a un grupo de chicas. No tenía ninguna intención de hablar con él.

Pero unos segundos después, una voz a su espalda le dijo que Oliver tenía otras intenciones.

–Bienvenida. ¿Buscando un poco de diversión sin el petardo de tu marido?

Otra vez, pensó ella, recordando la horrible escena durante la boda de Guy y Jenny.

–Oliver, no seas patán.

Y entonces, al levantar la mirada, vio a Javier entrando en el jardín, con Glenda a su lado.

¿Cómo se atrevía? ¿No tenía vergüenza? Si quería humillarla, podría haberlo hecho de otra forma. Pero allí, delante de sus amigos…

Zoe deseó que se la tragara la tierra.

Como siempre, él estaba espectacular, con unos chinos grises y una camisa negra que acentuaba la anchura de sus hombros.

«Te he perdido», pensó Zoe tontamente. Pero no era verdad. No había perdido nada porque Javier nunca fue suyo.

Entonces se le ocurrió una idea. ¿Por qué no pagarle con la misma moneda? Al fin y al cabo, Oliver estaba allí…

No, se odiaría a sí misma por caer tan bajo.

Mientras se acercaba, Zoe intentó contener los nervios. Todo el mundo se volvía a su paso, sobre todo las mujeres, que no le quitaban ojo de encima. Tampoco ella podía dejar de mirarlo. A pesar de todo, a pesar de saber que era un hombre sin corazón, un miserable, no podía dejar de admirar su belleza masculina. Qué tonta, qué niña era.

–Tienes una casa preciosa, Jenny –le dijo a la anfitriona–. Espero que Guy y tú seáis muy felices. Pero me temo que debo robaros a mi mujer.

Después, le quitó la copa de la mano y la depositó en una bandeja.

–¿Nos vamos?

Una pregunta retórica, por supuesto. Zoe no sería capaz de montar un escándalo y Javier lo sabía.

Cuando él la tomó del brazo, deseó estrangularlo. Las cosas no debían ser así. Había querido ser ella quien pidiera el divorcio, había querido…

Pero estaba al borde de las lágrimas cuando salieron de la casa. ¿Por qué seguía afectándola de esa forma? ¿Por qué seguía partiéndole el corazón?

Zoe levantó la barbilla, orgullosa. No pensaba llorar. Aunque le costase la vida, no iba a llorar delante de él.

Entonces se fijó en Glenda. Y se dio cuenta de que no parecía tener la confianza que había mostrado en el apartamento. Parecía incluso… asustada.

–No sé qué querías conseguir viniendo a buscarme –dijo, apartándose de Javier.

–Díselo, Glenda.

–¿Qué tiene que decirme? –preguntó Zoe, furiosa.

–Yo… Te mentí.

–¿Y qué más? –insistió Javier.

Glenda se puso colorada hasta la raíz del pelo.

–Javier y yo cortamos cuando se casó contigo. No hemos vuelto a vernos desde entonces.

El corazón de Zoe empezó a latir a un ritmo desenfrenado. Quería creer lo que estaba diciendo, pero no se atrevía. Habían tenido tres días para planear todo aquello a su conveniencia.

–¿Y cómo sé que estás diciendo la verdad? ¿Te ha convencido Javier para que hagas esto porque no quiere el divorcio? Es eso, ¿verdad? No quiere perder a una esposa rica.

Javier la miró, atónito.

Debería experimentar una sensación de orgullo. Al fin y al cabo, le había devuelto el golpe. Entonces, ¿por qué tenía ganas de llorar?

–Dile lo que estabas haciendo en el apartamento, Glenda –exigió él.

–¡Eso es entre tú y yo! ¡No es asunto suyo!

–Cuando le mentiste a mi mujer, lo convertiste en asunto suyo.

–¡Ibas a darme dinero! –gritó Glenda–. Yo estaba en la ruina y te había pedido algo prestado… No tenía a nadie más. Pero entonces apareció la niñata esta…

–No la insultes –la interrumpió Javier.

–Llévame al hotel –dijo Glenda entonces, al borde de las lágrimas.

Cinco minutos después, dejaban a Glenda en el White Boar. Javier se volvió hacia Zoe.

–¿Nos vamos a casa?

Ella se lo pensó. Quizá estaba portándose de nuevo como una ingenua. Quizá todo era una mentira.

–Llévame a casa de Jenny. Mi coche está allí.

Javier apretó el volante del Jaguar.

–Iremos a buscarlo por la mañana. Hasta entonces no pienso separarme de ti. Es hora de que hablemos.

–¿Por qué has tardado tres días en venir? –preguntó Zoe.

–He tardado tres horas, no tres días.

–Ya.

Fueron en silencio hasta la casa. Un silencio tan tenso que Zoe empezó a sentirse enferma.

Una vez allí, subieron juntos a la suite principal. Javier se volvió entonces, con expresión cansada.

–Mira, estoy harto de jugar… harto de fingir que tenía trabajo para no tenerte cerca, para no sucumbir a la tentación. Harto de portarme como un caballero, cuando lo único que deseo es arrancarte la ropa y hacerte el amor. Así que te digo aquí y ahora que te quiero. Quiero que nuestro matrimonio funcione, Zoe. Quiero que tengamos hijos. Quiero que no nos separemos nunca.

Zoe se dejó caer sobre la cama, atónita. Como declaración de amor no ganaría ningún premio, pero… era todo lo que ella necesitaba.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lágrimas de felicidad por primera vez en mucho tiempo. Javier se inclinó frente a ella.

–¿Y bien?

Zoe tomó su cara entre las manos y lo besó. En aquel momento era la única respuesta que podía darle. Y cuando Javier le devolvió el beso, supo que la respuesta había sido acertada. Mientras la tumbaba en la cama sintió que temblaba. Que temblaba de amor.

–Siempre te he querido –consiguió decir–. Desde que era pequeña… y luego el sentimiento cambió. Te quise como una mujer. Te lo dije y casi me muero de vergüenza –siguió, trazando la línea de sus labios con el dedo–. Tú seguramente pensaste que eran cosas de niña, pero no lo era. ¿Por qué crees que acepté este matrimonio?

–Zoe…

–Bésame otra vez.

Javier obedeció, quitando con una mano las horquillas de su pelo y con la otra levantando su falda.

Pasó mucho tiempo antes de que cualquiera de los dos pudiese hablar; largas horas de placer, de éxtasis.

–Tenemos que comer algo –murmuró él, acariciando su pelo–. No podemos quedarnos sin fuerzas.

Zoe pasó sus manos por los impresionantes hombros masculinos, mareada de amor por él, jurándose que le haría feliz durante el

resto de su vida.

–Paciencia –dijo Javier, saltando de la cama–. Voy a subir algo antes de que Ethel se despierte.

¿Cómo podía haber dudado de él? ¿Cómo podía haber creído las mentiras de Glenda? Zoe se sentía tan feliz que no podía comer. No podría volver a comer en toda su vida.

Pero el aroma a café recién hecho y a tostadas la hizo cambiar de opinión. Y, sobre todo, el beso de Javier mientras ponía la bandeja sobre la cama.

–¿Debo entender que no piensas volver a irte de viaje sin mí?

–Eso es –sonrió su marido–. Pensé que estaba haciendo lo que debía hacer… no quería aprovecharme de ti, cariño. Y, por cierto, ¿quién te metió en la cabeza esa absurda idea de que me había casado contigo por dinero?

Zoe sonrió.

–Es que Glenda dijo algo… pero ya da igual.

–Si hubiera querido casarme contigo por dinero, no habría propuesto un matrimonio de dos años, tonta. Y en cuanto a lo otro, no estuve tres días con Glenda, estuve en Milán hasta ayer. Te llamé y le dejé el mensaje a la señorita Pilkington, pero parece que lo olvidó.

–No quiero seguir hablando de eso –dijo Zoe.

–Yo tampoco. Además, creo que ya he recuperado las fuerzas.

–Sólo hay un par de cosas más que necesito aclarar… ¿por qué estaba Glenda en tu apartamento?

Javier dejó escapar un suspiro.

–Ah, eso.

–Sí, eso.

–Mi madre me dijo que Glenda estaba intentando ponerse en contacto conmigo y cuando volví a casa encontré varios mensajes suyos. Parecía realmente desesperada… por lo visto su amante la había dejado y no tenía ni dinero ni sitio donde dormir. Me pidió que le prestase algo y que la dejara dormir en mi casa y como tú estabas en casa de tu abuela… Me dio pena, Zoe. Yo iba a estar en Milán, así que pensé que no tendría que verla siquiera. El resto ya

lo sabes. ¿O quieres saber algo más?

Javier sonreía como un tigre, esperando el momento para saltar sobre ella. A Zoe le encantaba verlo así. Estaba loca por él.

–Una pregunta más. ¿De verdad has recuperado las fuerzas?

El gemido ronco de su marido, la pasión con la que buscó su boca, fue la respuesta que ella esperaba.